
HARLEQUIN®

Jazmín®

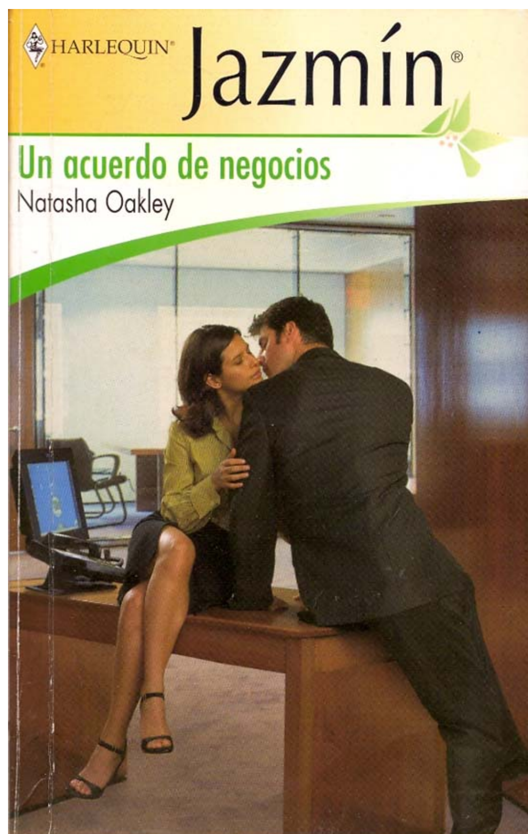


Un acuerdo de negocios

Natasha Oakley

Un acuerdo de negocios

Natasha Oakley



Un acuerdo de negocios (2005)
Pertenece a la temática De nueve a cinco
Título Original: The business arrangement (2005)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1968

Género: Contemporánea
Protagonistas: Hugh Balfour y Amelia “Amy” Mitchell

Argumento:

Amy llevaba enamorada de Hugh Balfour tanto tiempo como podía recordar, y su estrategia había sido evitarlo a toda costa. Pero ahora él necesitaba una ayudante y solo Amy podía ocupar el puesto.

Solo eran dos semanas, así que con un pequeño cambio de imagen, Amy se convirtió en el paradigma de profesional fría y segura… al menos en apariencia. Lo que Hugh no le había dicho era que esperaba que su ayudante personal estuviera a su servicio las veinticuatro horas del día… sobre todo ahora que había empezado a ver a su vieja amiga de un modo muy diferente.

La había contratado durante dos semanas, pero… ¿se trataba de un acuerdo estrictamente profesional?

Capítulo 1

—¿Cómo que no? Venga, Amy, por favor —Hugh extendió los brazos sobre el respaldo del sofá, con su sempiterna sonrisa—. Tienes que ayudarme.

Amelia Mitchell apenas levantó los ojos del libro que estaba leyendo, sentada sobre el arcón de la ventana.

—No lo creo. Seguro que puedes pedírselo a otra persona.

—Pero te lo estoy pidiendo a ti.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué no puedes? Ahora mismo estás sin trabajo.

—Eso no tiene nada que ver —replicó ella, mirando el sonriente rostro de Hugh Balfour. Su tono de seguridad la sacaba de quicio, su expresión la ponía furiosa. Por lo visto, pensaba que sólo tenía que usar sus bien conocidos encantos y ella caería rendida a sus pies—. No quiero hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no me apetece. Tú serías insoportable y yo me aburriría. Si quisiera ser tu secretaria, habría solicitado el puesto —contestó Amy, soltando el libro—. De hecho, no se me ocurre nada peor. No entiendo por qué mi hermano Seb lo ha sugerido.

—Sólo intentaba ayudar.

—¿Ayudar a quién? —le espetó ella, indignada, levantando su metro cincuenta y ocho como si fuera metro ochenta—. Sé que sois amigos desde la infancia, pero yo soy su hermana. Debería pensar en mí antes que en sus amigos.

Pero sabía que eso era una tontería. A su hermano le parecería perfectamente normal ofrecerle ayuda a su mejor amigo, por muy inconveniente que eso fuera para ella. Amy lo adoraba, pero Seb nunca pensaba en sus sentimientos ni agradecía los sacrificios que había hecho por él.

Ni siquiera se le ocurrió avisar de que iría a pasar allí el fin de semana para ver la final de la regata Henley. Y si le llamaba la atención, sin duda le diría que tenía todo el derecho de ir, ya que era propietario de un tercio de la casa de Henley-on-Thames. Pero habría estado bien que tuviera la cortesía de llamar por teléfono, porque la casa del siglo XVII que habían heredado de su madre era su hogar.

—Sólo serán un par de semanas —insistió Hugh, imperturbable —. Piensa en el dinero, yo pago bien.

—No me hace falta.

—Debes de ser la única estudiante del mundo que no necesita dinero.

—Ya no soy estudiante, perdona. Soy licenciada en filosofía y letras.

—Sin trabajo.

Amy lo fulminó con la mirada.

—Y sin deseos de convertirme en secretaria. Y menos la tuya.

—Amy, por favor. De verdad necesito tu ayuda —insistió Hugh, con su irresistible sonrisa.

Ella apartó la mirada, preguntándose si alguien habría podido negarle algo a Hugh Balfour. Su madre no, desde luego. Para ella, era el paradigma del buen hijo.

Amy podría haberle dicho un par de cosas, como podrían las numerosas ex novias del «niño de oro» a las que él dejaba en cuanto se aburría de ellas. Con un metro ochenta y dos, los músculos de un deportista y el carisma de un líder, Hugh había recibido más dones de los que era justo.

Pero tenía serios defectos de personalidad. Defectos que, sin duda, había adquirido por salirse con la suya siempre, desde que nació.

Aunque no resultaba fácil recordarlos cuando uno se enfrentaba con su irresistible encanto que, en general, reservaba para mujeres con piernas kilométricas y perfecta estructura ósea.

Lo cual era irónico, pensó Amy. Hugh debía de estar desesperado para prestarle tanta atención a la hermana pequeña de Seb. No había hecho eso desde que rompió la ventana del reverendo Adderton con una pelota de *críсket* e intentó convencerla para que no lo delatase.

—Sigue, sigue —sonrió Amy.

—¿Qué?

—Que sigas suplicándome.

—Si tengo que hacerlo, lo haré —sonrió Hugh—. Querida Amy…

—No te pases. Me estoy mareando.

Él se relajó, seguro de su éxito.

—En cuanto Seb sugirió que hablase contigo, supe que eras perfecta. Y antes de que te enfades otra vez, no lo sugirió porque

fuera una oportunidad profesional para ti sino más bien… una forma de protegerme a mí.

—¿De qué? —preguntó Amy. Aunque no tenía que preguntar. Los problemas de Hugh siempre tenían que ver con las mujeres y aquél no sería una excepción—. Si quieres mi ayuda, tendrás que decirme qué pasa. Vamos, cuéntame toda la verdad.

—¿La verdad?

—Si sólo necesitaras una secretaria porque tu ayudante se va de vacaciones, podrías llamar a una empresa de trabajo temporal o tomar prestada una secretaria de otro departamento. No soy idiota.

—Ya sé que no lo eres. Pero la verdad es que… es una información comprometida.

—Sorpréndeme.

—Si contrato a alguien de fuera, no podría confiar en su discreción.

—¿Por qué?

—No quiero que nadie sepa… —Hugh miró por la ventana.

—¿Qué?

—Es sobre… una mujer.

—Ah.

—No sé qué quieres decir con ese «ah» —replicó Hugh, irritado —. No hay ningún «ah». Esto no me había pasado antes y me he quedado sin ideas para solucionar… el problema.

—¿Un problema con una mujer? —Amy volvió a sentarse y cruzó las piernas, adoptando la pose de un psicólogo. Aquello mejoraba por segundos. Ya era hora de que una mujer se vengara por todas las demás, pensó.

Le caía bien Hugh. Siempre le había caído bien. Era muy divertido. Interesante. Pero trataba a las mujeres como si fueran pañuelos de usar y tirar.

—Pues sí, con una mujer.

—Qué sorpresa. Sigue.

Hugh se pasó la mano por el hombro izquierdo, como si intentara relajar la tensión acumulada allí. Se le había olvidado lo irritante que podía ser Amelia Mitchell.

Sabía usar un ordenador, era una persona leal y casi podía considerarla de la familia. Ésas eran buenas credenciales para una secretaria, pero se le había olvidado que tenía por costumbre reírse de él. Y aquella situación con la mujer de Richard era de todo menos divertida.

Por otro lado, Amy seguía siendo su mejor opción. De hecho, era su única opción.

—Esta mujer… me llama por teléfono, envía cartas y regalos a mi despacho. Y está cas…

—¡Casada! —lo interrumpió Amy, levantándose—. ¡No pienso hacerlo! Soluciona tú solito el problema. No pienso mentir por ti.

—Yo…

—Deberías saber que yo nunca me prestaría a romper un matrimonio. Después de todo lo que he visto…

—¿Quieres escucharme? —la interrumpió Hugh—. Siéntate y escúchame.

—Muy bien. Sigue —dijo Amy, dejándose caer sobre un sillón y trazando el dibujo de la alfombra con la punta del pie.

—Por eso necesito tu ayuda. Yo tampoco quiero romper un matrimonio. Las mujeres casadas no me han interesado nunca. Y aunque fuera así, no me sentiría tentado por ésta.

—¿Por qué?

Hugh clavó en ella sus ojos azules.

—Porque Sonya Laithwaite no acepta que no estoy interesado.

Amy abrió y cerró la boca varias veces.

—¿Sonya Laithwaite?

Hugh suspiró. Por fin había conseguido su atención.

Pero era más incómodo de lo que había esperado. No le gustaba pronunciar aquel nombre siquiera. Odiaba pensar lo que sentiría Richard si descubriera lo que estaba haciendo su mujer… y con quién. Seguramente, su relación con él se rompería.

Y tenía que evitarlo a toda costa. Richard era mucho más que su jefe, era su mentor. Siempre había estado a su lado en los momentos difíciles, lo había ayudado profesionalmente y era como un padre para él. Nada podría hacerle más daño que lo que Sonya estaba haciendo.

Hugh observó a Amy abriendo y cerrando la boca durante unos segundos.

—Deja de imitar a un pez. Esto es serio, Amy. De verdad necesito tu ayuda.

—¿Sonya Laithwaite? ¿La mujer de mi padrino?

Él asintió.

—Pero… pero si se casaron en mayo.

—Y ella ya está aburrida y buscando diversión —suspiró Hugh, levantándose—. Te juro que yo no he hecho nada para animarla —

dijo entonces, pasándose una mano por el pelo.

Amy conjuró la imagen de Sonya el día de su boda, con un llamativo vestido blanco lleno de lentejuelas. Sólo la había visto en esa ocasión y el día que Richard organizó una fiesta para presentarla a todo el mundo… ese día causó impresión, desde luego.

Sonya Laithwaite era una pelirroja explosiva con un busto con el que podría sacarle un ojo a cualquiera que no estuviese atento. No era la clase de mujer que necesita que la animen para nada, a juzgar por cómo bailó con Seb en la fiesta, pero Hugh debía de haber hecho algo o dicho algo que la hubiera convencido de que estaba interesado.

Era increíble. Hugh le debía mucho a Richard Laithwaite. Cuando su padre murió, fue Richard, amigo de la infancia de su madre, quien se había encargado de él, que entonces tenía doce años. ¿Cómo podía pagarle así?

—No puedes tener una aventura con Sonya. No puedes hacerle eso a Richard. Él creyó en ti, fue tu mentor. No puedo creer que hayas caído tan bajo…

—Eso es exactamente lo que yo digo. No puedo. Aunque quisiera, no puedo. No lo haría nunca —replicó Hugh, mirándola a los ojos.

—¿No quieres? —repitió Amy, acariciando la cadena de oro que llevaba al cuello.

—No.

La respuesta había sido inequívoca, pero seguía teniendo sus dudas. Los hombres se volvían locos por mujeres como Sonya y Hugh se despistaba por un par de piernas más que la mayoría.

—¿Ni siquiera tienes la tentación?

—Claro que no. Es la mujer de Richard —contestó él—. Creo que ha sido un idiota por casarse con una mujer veintisiete años menor que él, particularmente una como Sonya. Y estoy seguro de que, tarde o temprano, encontrará a alguien que acepte su oferta, pero no seré yo. Debes de tener muy mala opinión de mí para pensar que haría algo así —añadió Hugh, enfadado.

Amy sonrió, convencida por fin.

—En lo que se refiere a las mujeres, no puede ser peor. Pensé que los obvios encantos de Sonya te habrían fascinado —dijo, con una sonrisa angelical.

—¿Ah, sí?

—Te gustan las mujeres de piernas largas, ¿no? Pues Sonya las tiene larguísimas. ¿Se te ha ocurrido decirle que no estás interesado? Ya sabes, decírselo así, a la cara.

—Sonya cree que estoy siendo noble.

—Pues entonces, no te conoce —replicó ella.

—Amy, esto no tiene ninguna gracia. Está convencida de que no quiero nada con ella porque me siento culpable, que lo único que me detiene es el miedo a lo que la gente pueda pensar.

—Dile que tú no sales con mujeres casadas. Que es muy complicado liarte con la mujer de tu jefe. «Si fuera tan sencillo…» pensó Hugh. Había tenido numerosas conversaciones con Sonya pero, aparentemente, no habían servido de nada.

—No es tan fácil. Si intento hablar con ella, cree que tengo interés. Haga lo que haga, termina en desastre. Ella no abandona.

Amy arrugó el ceño al ver su expresión preocupada.

—¿Estás diciendo que te acosa?

—No sé qué entiendes tú por «acosar», pero me está haciendo la vida imposible —suspiró Hugh—. Mi secretaria se ha portado de maravilla. Cuando nos dicen que Sonya está en el edificio, Bárbara se queda hasta más tarde para que podamos salir juntos. Y si estoy todo el día en la oficina, me lleva sándwiches para que no tenga que salir. Pero sin ella, no sé qué hacer.

—¿Una secretaria temporal no podría hacer lo mismo? —preguntó Amy.

—Entonces tendría que explicarle la situación. Sonya es la mujer del presidente, Amy. ¿Qué excusa puedo poner para no querer estar a solas con ella?

Amy se apartó el flequillo de la cara. Ninguna. Y si le explicaba la situación a una secretaria temporal, los rumores se extenderían por Harpur-Laithwaite como un incendio.

—¿Desde cuándo te acosa?

—Dos o tres meses. Al principio no le di mucha importancia porque Sonya siempre ha sido un poco… ya sabes, excesiva.

—Ya. Pero tuvo que pasar algo, tuviste que hacer algo para que ella decidiera convertirte en su presa.

Hugh lo había pensado muchas veces, intentando encontrar una frase, un gesto que la hubiese animado, pero no lo recordaba.

—No recuerdo ningún incidente. Yo creo que se siente atrapada en ese matrimonio… o quizá le gusta mi forma de vida.

Amy sonrió. Dudaba que su estilo de vida fuera lo más

interesante para Sonya Laithwaite.

Richard era un hombre encantador, divertido e inteligente. Era capaz de leer *Winnie the Pooh* mejor que nadie y le compraba helados cuando era pequeña. Pero ¿casarse con él?

Nadie tenía ninguna duda de por qué Sonya se había casado con un hombre tan mayor: dinero. Richard era multimillonario. El misterio era por qué, de repente, había decidido abandonar su soltería.

Y ahora Sonya estaba aburrida. Tenía los vestidos de diseño, el coche de lujo, la mansión isabelina en Oxfordshire, pero no era suficiente.

Y luego estaba Hugh.

Debía admitir que era una alternativa interesante. Joven, guapísimo, divertido, con unos ojos increíbles. De un azul profundo, con un brillo travieso y sensual. Irresistible. Para ser inmune a Hugh Balfour había que conocerlo muy bien.

Pobre Richard. Él quería a Hugh como si fuera el hijo que no había podido tener. Para él sería una traición insoportable.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esperar. Sonya le ha puesto a Bárbara el mote de «el rottweiler» y cuando vuelva de…

—¿Crees que yo sería un buen perro guardián? Muchas gracias, hombre.

Hugh tuvo que sonreír, mirando esa nariz llena de pecas y los mechones de pelo que escapaban de su coleta.

—Yo creo que tienes potencial como cachorro de rottweiler y sé que no dirías nada. Además, si quieres que te sea sincero del todo, no son sólo los sentimientos de Richard lo que me preocupa.

—¿Qué quieres decir?

—Sonya es muy vengativa. Creo que, al final, voy a tener que ser muy claro con ella y si estamos a solas, temo que quiera hacer creer… lo que se le ocurra para hacerme daño. Podría decir que soy yo quien la persigue… como tú misma has creído al principio.

—Yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho. Bueno, el caso es que no quiero arriesgarme. No quiero hacerle daño a Richard, pero tampoco quiero que nadie ensucie mi reputación.

Amy asintió. Sonya podría querer vengarse si Hugh, que se había acostado con la mitad de Londres, la rechazaba.

—Ya veo que necesitas a alguien, pero no creo que yo sea la

persona adecuada. Nunca he trabajado como secretaria.

—Sólo serán dos semanas.

—No es que no quiera ayudarte, Hugh. Es que… —Amy no terminó la frase. Resultaba difícil explicar cuáles eran sus objeciones.

Todo era tan fácil para él… Los exámenes, las mujeres, el éxito en los negocios, todo lo que quería lo tenía en bandeja de plata, como si un dios benevolente lo protegiese. Siempre encontraba la forma de solucionar sus problemas y ahora era su turno de echar una mano. La buena de Amy. Pero a «la buena de Amy» no le hacía ninguna gracia que se fijara en ella sólo porque la necesitaba. Particularmente aquel día. Su cumpleaños.

—Sólo dos semanas —insistió Hugh—. Además, te vendrá bien el dinero hasta que encuentres trabajo…

—¿Cómo lo sabes? Ah, Seb, por supuesto.

—Sólo me dijo que ahora mismo no hacías nada…

—¿Y cómo lo sabe él? —exclamó Amy, indignada—. Hace semanas que no pasaba por aquí. He enviado mi currículum a un montón de empresas y podrían llamarme en cualquier momento.

Seb entró entonces, con una bandeja en la mano.

—Pero vas a hacerle ese favor, ¿a que sí? Tu taza es la de flores.

—¡Sexista! —exclamó Amy, apartando los periódicos de la mesa.

Seb se encogió de hombros.

—Las tazas las compró mamá, no yo. Además, tú eres la única que se pone azúcar. ¿Cómo voy a acordarme de cuál es la tuya si no? No te preocupes, Hugh, claro que lo hará.

—¡Claro que no! Quiero ser investigadora, no secretaria. Y aunque quisiera serlo, nunca trabajaría para Hugh.

—No, claro, ése es un destino peor que la muerte —bromeó Seb, dejándose caer en un sillón—. Pero piensa en el dinero, hermanita. Hugh está desesperado, puedes pedirle lo que quieras.

Amy decidió pasar de él.

—¿Qué cosas te hace Sonya?

—¿Cómo?

—¿Es agresiva, monta escenas? Si acepto el puesto, tengo que saber contra qué voy a luchar.

—Pues… se muestra muy segura de sí misma. Totalmente convencida de que existe una atracción entre nosotros.

—¿Sin que tú la animes? —preguntó Amy, incrédula.

—Sin que yo la anime —suspiró Hugh—. No tiene ninguna duda

de que quiero acostarme con ella.

—Es muy persistente y cada vez menos sutil —intervino Seb—. Cuéntale lo del paquete del viernes.

—El viernes llegó un paquetito a la oficina… —Hugh no terminó la frase porque en ese momento sonó el teléfono.

—Vaya, hombre, justo cuando se ponía interesante —protestó Seb—. Espera, vuelvo enseguida.

—¿Y bien? —murmuró Amy cuando se cerró la puerta.

—Me envió una caja de condones, junto con la dirección de un hotel.

Amy, que estaba tomando un sorbo de té, se atragantó.

—No te creo.

—Bárbara tampoco.

—Pero eso es tan… vulgar.

—Desde luego —asintió Hugh.

Seb asomó la cabeza en el salón.

—Hugh, es Callie.

—Ah, gracias —suspiró Hugh, levantándose.

—Bueno, ¿qué me he perdido? —preguntó el hermano de Amy, sentándose de nuevo en el sillón.

—Nada que no sepas. Lo de los condones es increíble.

—Condones variados —rió Seb—. Me imagino la expresión de su secretaria. No la conoces, pero es el paradigma de la solterona. Seguramente, no había visto un condón en su vida. Sé que no tiene gracia, pero cada vez que me imagino la cara de Bárbara Shelton abriendo la caja… ¿tú crees que una secretaria temporal guardaría el secreto?

—No.

—Por eso he pensado en ti.

Amy suspiró. Su hermano tenía razón. Ella sabía bien cuánto dolía la separación de un matrimonio. Su madre nunca se recuperó de la traición de su padre. Le dejó una herida que se fue pudriendo poco a poco hasta el día de su muerte. Si trabajar como secretaria para Hugh durante dos semanas evitaba que le rompieran el corazón a su padrino, lo haría.

—Pobre Richard —murmuró, observando las rosas al otro lado de la ventana. Era tan triste que la vida de la gente se torciera… Richard había esperado mucho tiempo antes de casarse… y había ido a elegir precisamente a una mujer como Sonya. Para ser un hacha en los negocios, era una paradoja que eligiera tan mal en su

vida privada.

—Siéntelo también por Hugh. Sé que no te cae muy bien, pero la verdad es que esto se está poniendo serio.

—Hugh no me cae mal.

—Bueno, pero no apruebas su comportamiento. Al chico le gustan las mujeres, pero esto es insoportable. A mí me daría algo si una mujer se portara así conmigo.

—Pero…

—Déjate de peros, Amy. Hugh necesita que alguien le proteja hasta que vuelva Bárbara. No es mucho pedir. Sabes que si mamá estuviera viva, te habría obligado a hacerlo.

—No es justo usar a mamá como arma —protestó ella, sin mucha convicción. Era cierto, su madre habría sido la primera en ofrecer los servicios de su hija—. La verdad, me resulta difícil creer que Hugh no pueda resolver esto solo.

—¿Por qué?

—Porque lo he visto librarse de muchas mujeres sin el menor escrúpulo desde que tenía dieciocho años. Probablemente desde antes, pero yo era demasiado pequeña.

—Sonya es como un rinoceronte. Ni siquiera le da miedo Callie y te aseguro que Callie da miedo.

—¿La chica que está al teléfono?

Seb asintió.

—Calantha Rainford-Smythe, la novia de Hugh. Rica y con contactos por todas partes. ¿No la conociste en Navidad?

Era difícil olvidar a una mujer como Calantha, una rubia elegantísima, altísima y guapísima, el típico apéndice de Hugh Balfour.

—Creo que sí —murmuró Amy, acercándose al piano—. Diseñadora de joyas, ¿no?

—Eso dice —sonrió Seb—. En realidad, otros hacen el trabajo y ella pone su nombre.

—¿Y qué dice sobre el asunto de Sonya?

—Puedes preguntarle tú misma. A menos que haya llamado para decir que no puede venir.

—Ah, ya.

—Se iba a Bruselas, pero luego decidió que no quería perderse la regata. Es una gran oportunidad para ver y que te vean. Su negocio depende de ello, ya sabes. Mucho champán, muchos apellidos compuestos… por no hablar del riesgo de que Hugh conozca a otra

mujer.
Amy sonrió.
—No te cae muy bien, ¿eh?
—No es mi tipo. Pero no sé lo que piensa de Sonya. Tendrás que preguntarle a Hugh.
—¿Preguntarme qué? —sonrió él, entrando de nuevo en el salón.
—La opinión de Callie sobre Sonya. Por cierto, ¿cómo sabía que estabas aquí?
—Está en casa de mi madre —contestó Hugh, dejándose caer en el sofá—. Termino el té y me voy para allá. Creo que Jasper y Ben también están allí.
—¿Qué opina Callie de Sonya? —preguntó Amy.
—Callie no conoce los problemas de salud de Richard, ni entiende mi relación con él. Su perspectiva sobre el asunto es… diferente.
—¿Qué quieres decir?
Hugh miró a Seb antes de seguir hablando:
—Callie cree que debería contarle a Richard lo que está pasando. Según ella, si el matrimonio está destinado al fracaso, no tiene sentido prolongarlo.
—Ah.
No había compasión en ese comentario, ni empatía alguna. Richard había sido un ingenuo casándose con una mujer así, pero no merecía ser humillado públicamente. Si, o más bien, cuando decidiera separarse, sería mucho mejor que el nombre de Hugh Balfour no se viera involucrado.
—¿Sonya y Richard piensan venir a la regata?
—Richard no se encuentra bien. La angina de pecho le está causando muchos problemas… aunque no quiera admitirlo.
—¿Vas a ser su secretaria o no? —sonrió Seb.
Amy se mordió los labios. Su hermano la conocía bien.
—En teoría, supongo que podría hacerlo. Pero sólo durante dos semanas. Y pienso cobrarte una suma increíble de dinero.
—Estupendo —sonrió su hermano—. Sabía que lo harías.
—En teoría, he dicho. No es tan sencillo. Mi cuenta corriente no está para pagar hoteles.
—¿Quién ha dicho nada de un hotel? Te alojarás en mi apartamento —dijo Hugh.
—¡No puedo hacer eso!

—Claro que sí. Hay mucho espacio.

—¿Y Calantha?

Él arrugó el ceño.

—Callie puede decir lo que quiera. Entonces, ¿serás mi secretaria?

—Qué remedio.

—Fantástico, hablaremos de los detalles más tarde —suspiró Hugh, dirigiéndose a Seb—. ¿Vas a ir a mi casa?

—Dentro de una hora. No hay prisa.

Amy los dejó hablando mientras subía a su habitación. Sin que la echaran de menos, pensó, dejándose caer sobre la colcha hecha a mano por su madre el verano antes de morir.

Veintitrés años y sin trabajo, como Hugh le había dicho. Era deprimente. Aunque ya no estaba sin trabajo porque había decidido convertirse en la secretaria de Hugh Balfour. No podía imaginar nada más degradante. Pero si pensaba que iba a hacerle café y a filtrar las llamadas de sus innumerables novias, se llevaría una desilusión.

Pero protegerlo de Sonya… sí, eso sí.

Y tendría que alojarse en su apartamento. El sofá-cama en casa de Seb no era muy apetecible.

Le gustaba pensar que a Calantha no le haría gracia. No era precisamente halagador que Hugh no la viera como una mujer. Para él, sólo era «la pequeña Amy, la hermana de Seb». No debería molestarla, pero así era.

Amy saltó de la cama y abrió su armario, suspirando de pena al ver el contenido. El cheque que su padre había enviado por su cumpleaños podría haber servido para comprar un vestido con el que impresionar a todo el mundo, pero había llegado por la mañana y no tuvo tiempo de ir al banco.

El código de etiqueta en la regata era muy específico: nada de pantalones, nada de faldas con aberturas. La exposición de un muslo podría causar una apoplejía en los miembros del patronato e incluso que le negasen la entrada. Pero ¿qué se podía esperar cuando las reglas databan del siglo XIX?

El único vestido que cumplía con las reglas era uno beige: soso, aburrido y tan poco llamativo como ella.

¿Y a quien quería engañar? Hugh sólo tenía que fijar sus ojos azules en ella y se le olvidaría que era frívolo, arrogante y mujeriego.

¿Inmune a los encantos de Hugh Balfour? Claro que no. Nunca lo había sido.

Debería serio, pero no era así. Aunque, al menos, podía disimular.

Amy tiró el vestido sobre la cama y, de un manotazo, apartó una mosca que volaba por la habitación, antes de ver cómo se chocaba contra el cristal Así era como se veía a sí misma. Porras.

Capítulo 2

Calantha Rainford-Smythe era exactamente como la recordaba.

A su lado, Amy se sentía como una enana. El único consuelo era ver cómo sus tacones de aguja se clavaban en el césped de Champagne Lawn. Ella, en cambio, llevaba zapatos planos.

Pero no había ningún consuelo en el vestido de Calantha. Por supuesto, llegaba por debajo de la rodilla, pero tenía tal escotazo en la espalda que era evidente que no llevaba sujetador y la seda color coral se pegaba a su trasero de tal forma que, seguramente, tampoco llevaba bragas.

Amy observó cómo apoyaba posesivamente la mano en la chaqueta color crema de Hugh. Hugh Balfour había salido con muchas mujeres guapas, pero algo en aquella chica la ponía de los nervios. Era tan segura de sí misma, tan perfecta, tan… diferente a ella, pensó, sintiéndose inadecuada.

—Hugh y yo estuvimos en Maldivas en febrero. Lo pasamos de maravilla, ¿verdad, cariño?

Era evidente lo que veía en ella. Era guapísima y seguramente en bikini parecería una modelo. Pero también era una esnob condescendiente con una voz nasal que la ponía enferma.

—Estuvimos en Kanuhura, en una villa construida sobre el mar. Fabulosa, en serio. Las casas están construidas sobre bases de madera y llevan directamente al agua.

Amy apartó la mirada. Tener que escuchar a esa petarda no era precisamente lo que más le apetecía el día de su cumpleaños. Cuando miró al cielo, vio que estaba cubierto de nubes. Ojalá lloviera, pensó, abrochándose el cárdigan. No entendía cómo Calantha podía ir con aquel vestidito y no tener frío. La maldita rubia no tenía la piel de gallina siquiera.

Entonces se percató de que Hugh le hacía un guiño de complicidad y tuvo que sonreír. Ben estaba emocionado con la «interesantísima» charla de Calantha y la novia de Jasper intentaba llamar su atención como podía.

Seb la tomó del brazo.

—Cuando termines tu copa, podríamos sacar la cesta del coche.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Hugh.

—Si no te importa… Amy no puede cargar con tanto peso —

contestó Seb, quitándole la copa a su hermana para dársela a Ben—. Dadnos media hora, el mismo sitio del año pasado.

El año anterior, Amy lo había pasado bien en la regata, pero claro, el año anterior Hugh no había podido salir de Londres porque estaba muy ocupado con unos amigos americanos. Ben, que ahora vivía en Henley, se había hecho miembro del club Leander y los había invitado a tomar el té. No estuvo mal.

Pero aquel año, Hugh estaba allí. Cuando estaba en casa, todo giraba en torno a él y eso la sacaba de quicio. Aunque sugiriese cosas divertidas, la molestaba que todo el mundo aceptara sus sugerencias sin discutir.

—¿Seguro que quieres dejar sola a Calantha?

—No creo que le pase nada.

—¿Le has preguntado si quiere quedarse con gente a la que apenas conoce? —insistió Amy.

—¿Crees que debería preguntarle?

Ella se cruzó de brazos.

—Haz lo que quieras, no es asunto mío —contestó, mirando hacia atrás. El viento movía el cabello rubio de Calantha y la falda de su vestido—. ¿No tiene frío esa chica?

—Hace frío, pero las mujeres son así.

—Nuestra Amy, no —sonrió Seb, pasándole un brazo por los hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú te vistes para estar cómoda.

—¿Qué significa eso? —replicó Amy, apartándose—. Nada.

—Que no me visto como Calantha.

—Pues no, claro. Nunca te he visto con un vestidito como ése.

Amy miró su circunspecto vestido de cuello redondo. Desde luego, no podría describirse como elegante o *sexy*. Sin embargo, ese comentario la hirió en su orgullo femenino.

¿Cómo se atrevía Seb a decir eso?

Qué cruel. Parecía lo que era… alguien que tenía que sobrevivir con el dinero de un préstamo universitario. ¿Qué esperaba que llevase, vestidos de Armani? Él sabía que su padre había dejado de pasarle la asignación cuando se declaró en bancarrota. Siendo mucho más joven que él, Amy había tenido que sufrir las consecuencias, mientras que a Seb le pagó la carrera y lo ayudó económicamente hasta que abrió su empresa en Londres.

—Cállate, Seb. Está bien —intervino Hugh.

«Está bien» no era precisamente lo que ella quería oír. Sabía que el vestido no era bonito. Aplastaba su busto y hacía que sus piernas pareciesen demasiado delgadas.

—No está bien —insistió Seb—. ¿Sabes una cosa, Hugh? Esto no va a funcionar. Tenemos que hacer algo con su ropa. Si no te gusta este vestido, deberías ver el resto de su armario.

Los dos hombres se volvieron para mirarla y Amy se sintió como un bicho bajo un microscopio.

—¿Queréis dejarme en paz?

—No puede ir así a la oficina. Nunca he visto a una mujer en Harpur-Laithwaite vestida así. Y también debería hacer algo con su pelo… Parece una quinceañera.

—Sí, parece muy joven —asintió Hugh.

—¡No habléis de mí como si no estuviera presente!

—Si va a tener que enfrentarse a Sonya, al menos tendrá que hacer bien el papel —continuó Seb—. Sonya pasaría a su lado sin verla.

—¿Podéis andar un poquito más despacio? —les espetó Amy, irritada.

—Lo siento —se disculpó Hugh—. Sólo estamos diciendo que es una pena que no parezcas mayor.

—Pues no puedo hacer nada. No tengo dinero para cambiar de imagen.

—No te pongas a la defensiva, Amy. Sólo estoy diciendo lo que veo —se defendió Seb.

—¿Ah, sí?

—Es verdad. Hugh tiene que comprarte algo de ropa.

—¿No me digas? ¿Y puedo elegirla yo o la elegirá él?

—No te enfades, mujer.

—Sólo me enfado cuando me provocan. A lo mejor tiene algo que ver con que hoy es mi cumpleaños y, por favor, no digáis que se os había olvidado porque eso ya lo sé.

Hugh y Seb se miraron, horrorizados.

—Lo siento, cariño —se disculpó su hermano—. Tengo una memoria fatal.

—Desde luego. Y lo mínimo que podías hacer es no anularme por completo. Te aseguro que es muy aburrido ponerse los mismos vaqueros todos los días y que a nadie le hace gracia estar hasta el cuello de deudas —le espetó ella, indignada—. Pero vamos a dejar el tema.

Amy observó la mirada que intercambian los dos hombres, pero decidió no decir nada más. Si se sentían incómodos, mejor. Nunca le pedía nada a su hermano y que le recordarse que iba mal vestida era demasiado.

Además, sólo había ido a la regata porque no le apetecía pasar su cumpleaños sola…

De repente, sus ojos se llenaron de lágrimas. Era horrible. Delante de Hugh. Ella no lloraba nunca. Y, desde luego, nunca por falta de dinero. Pero aquel día se sentía particularmente sola. Como un barquito insignificante perdido en un océano.

Hugh le paso un pañuelo sin decir nada y ella lo miró, sorprendida. Por una vez, no estaba sonriendo.

—Feliz cumpleaños.

—No es eso. Es que… bueno, no lo sé. Echo de menos a mi madre, supongo.

Era cierto. Su cumpleaños, su madre y la regata Henley siempre iban juntos. Luke, su hermano mayor, y Seb, habían participado en muchas ocasiones y ellas siempre estuvieron allí para animarlos y algunos días, como aquél, estar sin ella era muy doloroso. Hugh le pasó un brazo por los hombros para consolarla. Estando en sus brazos se sentía mejor. Ya no se sentía sola, ni insignificante. Tonterías, claro. Sólo estaba siendo amable.

—¿Alguien se ha acordado de tu cumpleaños?

—Pues claro. No estoy sola en el mundo —contestó Amy.

—No quería decir…

—Mis amigos de la universidad me han enviado tarjetas. Y tu madre. Ella siempre se acuerda porque tu tía Mary los cumple el mismo día que yo.

Amy no quería compasión de nadie y menos de Hugh Balfour.

—Me alegro.

—Y mi padre y Lynda me han enviado un cheque.

—¿Con eso puedes pagar tus deudas?

—No, pero podría comprarme unos centímetros de la seda del vestido de tu novia. Richard me ha regalado esto —dijo Amy, echándose el pelo hacia atrás para mostrarle unos pendientes de oro —. Hacen juego con el collar que me regaló en Navidad.

—Son preciosos —sonrió Hugh—. Y siento mucho lo de tu cumpleaños. Lo sentimos los dos, ¿verdad, Seb?

Ella se encogió de hombros.

—Da igual.

—No da igual. Es increíble que no me haya acordado —dijo su hermano, apenado.

—Bueno, no importa —sonrió Amy, guardándose el pañuelo en el bolsillo—. Lo lavaré antes de devolvértelo. Venga, vamos a sacar la merienda.

Para cuando terminaron de colocar todo en las mesas de madera, cubiertas por manteles de lino blanco perfectamente planchados, parecía más que una merienda, una comida campestre del siglo anterior.

—¡Maldita sea, se me han olvidado las sillas! —exclamó Seb.

—¿Qué?

—Están en el coche de Jasper. Tendré que volver por ellas… Hugh, quédate y ayuda a mi hermana con las bebidas.

—No hace falta que se quede. ¿Quieres ir a buscar a Calantha?

—No, prefiero quedarme contigo —contestó él—. Además, no creo que tarden mucho. ¿Quieres una copa de vino?

—¿Por qué no? —suspiró Amy, sacando un plástico de la cesta —. La hierba está mojada, así que tendremos que sentarnos aquí hasta que mi hermano vuelva con las sillas.

Hugh abrió una botella de vino blanco. Lo hacía de una forma suave, inconsciente, como si abriera botellas de vino todos los días. Y seguramente era así.

Amy se sentó sobre el plástico, apoyando la espalda en un enorme castaño de indias, y cerró los ojos.

—Pareces cansada —murmuró Hugh, pasándole una copa.

—Lo estoy —contestó ella, intentando contener el nerviosismo que provocaba el roce de sus manos.

Ya era mayorcita, se dijo. No podía dejar que Hugh la pusiera nerviosa. Además, tenía una novia que parecía sacada de las páginas de una revista de moda. Como siempre. Siempre tenía una novia espectacular.

Los hombres como Hugh Balfour siempre salían con mujeres guapísimas. No con chicas bajitas a las que conocían desde la infancia.

—¿Te has levantado muy temprano?

—Mucho. Tenía que organizar la merienda —suspiró Amy—. Antes solía levantarme muy temprano porque mi madre no podía dormir, pero…

—Tuvo mucha suerte de tenerte a su lado.

Amy lo miró, sorprendida.

—No, yo tuve suerte de tenerla a ella.

—¿Es que no puedes aceptar un cumplido? —sonrió Hugh, sentándose a su lado—. No todo el mundo aparcaría su vida para cuidar de alguien.

—Por una madre, sí.

—Seb y Luke no lo hicieron.

—No.

—Ni tu padre.

—Para entonces, él estaba en España. Cuando tuvo que declararse en bancarrota, lo pasó fatal. Además, no habría soportado ver a mi madre durante los últimos meses… aunque hubieran seguido juntos.

Hugh alargó la mano para apartar un mechón de pelo de su frente.

—¿Tienes frío? —le preguntó, asombrado. Otras mujeres necesitaban halagos a todas horas, Amy se moría de vergüenza si se le decía algo bonito.

—No.

—¿Sabes una cosa? Te portaste de maravilla al dejar la universidad para cuidar de tu madre. Tenías dieciocho años… era una responsabilidad muy grande para una chica tan joven.

—Yo quería mucho a mi madre.

—¿Y eso es todo lo que importa?

—Claro.

Hacía que todo pareciese muy simple, pero no era así. No sabía que ésa era una cualidad muy rara. Amy siempre había puesto a los demás por delante, era lógico que su madre la adorase.

—Seb no sabe lo que tiene —sonrió, levantándose de nuevo—. ¿Quieres más vino? Es tu cumpleaños.

Amy estuvo a punto de rechazarlo, pero por fin aceptó. El problema con Hugh era que, por mucho que quisiera convencerse de que era una persona superficial, en el fondo era un buen chico.

Y cuando hablaba con ella era como… si, de repente, un dios se fijara en un simple mortal. Pero debía recordar que era Hugh. Un ídolo con pies de barro.

—¿Tu padre no te ayuda económicamente? Ahora las cosas le van bien.

Amy se encogió de hombros.

—Ahora dirige la empresa con Lynda.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Cuando volvió a casarse, Lynda sugirió que invirtieran todo el dinero en la nueva empresa. Según ella, yo conseguiría trabajo cuando terminase la carrera y, hasta entonces, podría vivir del préstamo universitario. No pasa nada, no hay que pagarlo enseguida. Muchos estudiantes piden préstamos.

—Pero no muchos que tengan un padre rico —contestó Hugh, irónico—. ¿Seb sabe todo esto?

—Claro que sí. Pero no puede hacer nada. Ni Luke tampoco.

—No pareces enfadada con ellos.

—No serviría de nada. Pero sé que Seb se siente culpable.

—Ya me imagino. Tu padre lo sacó de un par de líos —sonrió Hugh, recordando un par de incidentes en la universidad.

—Entonces no estaba en bancarrota. Además, a Seb le gustaría ayudarme, pero necesita dinero para su negocio.

—Sí, lo sé, pero…

—Aunque me lo ofreciera, no lo aceptaría. No es problema suyo.

—¿Y Luke? Supongo que gana dinero como médico.

Amy negó con la cabeza.

—Por el momento, prácticamente trabaja para mantenerse. Está en África.

—No lo sabía.

—¿No? Se marchó hace año y medio.

—No, me refiero a ti. No sabía que Lynda fuera así.

—No es mala persona —suspiró ella—. Es que no está acostumbrada al concepto de familia. Ella es hija única, nunca ha tenido hijos y, a los cuarenta y siete años, todo esto es un poco nuevo para ella. Además, a mi padre tampoco le gusta regalar dinero. Cambió mucho desde que se divorció de mi madre… hasta lo molestó que nos dejara la casa. Pero, en fin, no es problema tuyo.

—¿Seb no puede hablar con tu padre?

—Prefiero que no lo haga. Además, la casa es de los tres. Cuando la vendamos, pagaré el préstamo con mi parte. Aunque aún no queremos venderla.

—¿Por qué? A Seb le vendría bien el dinero y a ti también.

—Antes tengo que encontrar un trabajo. No tengo dinero para alquilar un apartamento en Londres.

—Ah, ya.

—Espero encontrar algo mientras me hago pasar por tu secretaria —sonrió Amy—. Aunque no sé si voy a hacerlo bien. Sólo he hecho algún que otro trabajo temporal.

—Mantenme alejado de las garras de Sonya y no me quejaré.

—¿Aunque borre algún documento vital del ordenador?

Hugh sonrió y Amy tragó saliva. Irresistible, era irresistible.

Tenía que recordarse a sí misma que era un mujeriego, que jamás había permitido que ninguna de sus novias le tocara el corazón.

—Si lo haces, te mato —sonrió Hugh.

—Háblame de Harpur-Laithwaite. ¿Qué clase de ropa llevan las mujeres allí?

—No sé…

—¿No me digas que no te has fijado? ¿Hay que llevar traje de chaqueta o no?

Harpur-Laithwaite era una empresa de servicios financieros y el trabajo de Hugh consistía en aconsejar a los inversores, pero no sabía mucho más.

Él apoyó la cabeza en el tronco del árbol.

—Bárbara lleva traje de chaqueta, pero tú no tienes por qué. Aunque tampoco puedes ir en vaqueros, claro. Habrá que hacer algo con tu ropa —dijo, suspirando—. Seb tiene razón.

—No puedes comprarme ropa…

—¿Por qué no? Te estoy pidiendo un favor, así que es mi obligación.

—No puedo…

—Si te da un ataque de escrúpulos, recuerda que estás haciéndome un favor.

Amy sabía que debería negarse, pero era una tentación casi irresistible.

—¿Cuánto puedo gastarme?

Hugh mencionó una cantidad sin pensarlo mucho y ella lo miró, perpleja. No había tenido dinero para ropa en siete años y, de repente, podía comprar lo que quisiera.

—No necesitaré tanto.

—De todas formas, compra lo que quieras.

—Eres como el hada madrina de Cenicienta —rió Amy.

Hugh se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—El padrino, dirás. Ése es mi regalo de cumpleaños. Pero ten cuidado, elige bien a tu príncipe azul.

Como si fuera difícil elegir…

—Te lo prometo —murmuró ella.

Entonces llegaron los demás. El corto idilio había terminado y

estaba de vuelta en la tediosa realidad.

—Seb acaba de decírnoslo —sonrió Jasper—. Feliz cumpleaños, Amy.

Cuando le dio un beso en la mejilla, la magia había desaparecido por completo.

Capítulo 3

Amy estaba encantada. Dos silbidos y un piropo y sólo llevaba en Londres dos horas. Pero así era el metro de Londres. El metro, su estupendo corte de pelo y su ropa nueva.

Cruzó la calle y miró el papel que llevaba en la mano. Sí, aquélla era la dirección de Hugh. No era una experta, pero la fachada parecía georgiana, con las ventanas simétricas. Era preciosa.

Aquél iba a ser su hogar durante dos semanas.

El *sancta sanctorum*, la guarida de la araña. Asombroso.

—¿Hugh? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Amy dejó las bolsas en el suelo y miró alrededor.

—¿Hugh?

Silencio. Las paredes estaban pintadas con una suave paleta de colores y los pocos muebles que había parecían antiguos. Todo muy clásico. Las palabras de la madre de Hugh adquirían ahora una nueva dimensión.

—Espero que cuide bien de ti —le había dicho el día anterior, mientras tomaban un té—. Vive en un sitio un poco raro y apenas tiene muebles. No es un hogar de verdad.

Amy sonrió para sí misma. Era lógico que a la madre de Hugh no le gustara aquel sitio casi sin muebles, en el que cada pieza estaba diseñada para causar impacto. Ni una cortina de flores, ni fotos sobre un aparador. Nada que ver con el gusto de la señora Balfour.

Hugh le había dicho que su habitación estaba arriba y encontró una nota pegada en la puerta:

Hola. He dejado unas toallas encima de tu cama. Puedes tomar una copa de vino, está en la nevera.

Amy sonrió mientras despegaba la nota. Era normal que él pensara en vino cuando una chica sensata pensaría en una taza de té.

Su habitación era agradable, un poco como las de Más fuerte que el orgullo. Estupendo. Todo era mucho mejor de lo que había imaginado. Pensó que sería un sitio muy moderno y minimalista,

pero los muebles eran antigüedades. Comparado con la casa que había compartido ella mientras estudiaba en la universidad, aquélla era un palacio. En realidad toda la situación era como sacada de una novela.

Sacudió la cabeza mientras se miraba al espejo fascinada por el nuevo corte de pelo que aumentaba el tamaño de sus ojos. Quizá el peluquero tenía razón y los ojos eran su rasgo más bonito.

¿Qué diría Hugh? Quizá, con sólo mirada, se quedaría transfigurado. Quizá se pondría de rodillas y le juraría amor eterno a causa de su belleza.

Ja, ja.

Por supuesto, si hiciera eso sería un frívolo. Pero era frívolo, ¿no?, pensó mientras iba al cuarto de baño. Además, ella no iba a convertirse de repente en el objeto de su deseo. Y eso estaba bien, se recordó a sí misma.

Él no le juraría amor eterno a nadie. Lo mejor que podía ofrecer era una aventurilla. Liarse con Hugh sería como pulsar un botón para autodestruirse. Y ella no era tan tonta.

Pero estaba en Londres. Y tenía ropa nueva. La vida no podía irle mejor, pensó, alegremente. Y, además, la modernísima ducha funcionaba de maravilla.

Más tarde, con una toalla enrollada en la cabeza, volvió al dormitorio para contestar al móvil.

—¿Si?

—Amy, soy Hugh.

—Hola.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó él—. ¿Ya estás en casa?

—Sí, estoy aquí. Acabo de ducharme.

—¿Has tenido algún problema para llegar?

—¿Qué problema iba a tener, crees que soy una pueblerina perdida en la gran ciudad?

Hugh soltó una carcajada.

—¿Has encontrado todo lo que necesitas?

—Sí. Me encanta tu casa, es preciosa.

—Gracias —rió él—. Llegaré en veinte minutos o menos.

—¿Veinte minutos? —exclamó Amy.

—Pon la tetera al fuego —dijo él, antes de colgar. Veinte minutos.

Veinte minutos no era suficiente. Imposible conseguir de nuevo la imagen con la que había entrado en la casa. La señora de la

tienda la había animado mucho, pero dudaba que el perfilador color berenjena fuese tan fácil de aplicar como ella decía.

Nerviosa, se puso unos vaqueros y una sencilla camiseta. No había tiempo para buscar el secador, de modo que se apartó el pelo de la cara con una horquilla de plástico. No era la fantasía que había imaginado para recibir a Hugh, pero quizá fuera lo mejor.

Cuando oyó la puerta, bajó descalza la escalera.

—¿Has tenido un buen día en la oficina, cariño? No deberías trabajar los domingos.

Hugh dejó escapar una risita irónica.

—Tenía una reunión importante. Oye, qué calor hace aquí —suspiró, aflojándose la corbata—. ¿A qué hora has llegado?

—A las tres —contestó ella, ofreciéndole una mejilla.

Vestido con un traje de chaqueta parecía un extraño, pero el olor de su colonia era el de siempre.

—¿Has tenido tiempo de tomar una copa?

—Aún no.

—Venga —sonrió él, llevándola por el pasillo—. Yo necesito algo. Tengo la garganta seca.

La cocina era cuadrada, con el suelo de cuadritos de colores y muebles de madera clara.

—Me encanta el granito —dijo Amy, pasando los dedos por la encimera—. Muy bonita.

Hugh abrió la nevera.

—¿Qué quieres? ¿Zumo de naranja, un refresco, café?

Amy tenía las manos en los bolsillos traseros del pantalón y la camiseta rosa marcaba claramente sus pechos… sin sujetador. Sorprendido Hugh se preguntó cómo serían, cómo sería acariciar su piel desnuda…

—Zumo de naranja.

—Ah, muy bien —murmuró él, sorprendido.

Era Amy. ¿En qué estaba pensando?

Cuando le dio el vaso, tuvo que tragar saliva. No, no estaba equivocado. Bajo la ropa ancha y sin forma había algo infinitamente más interesante. Y se sentía como un adolescente mirando algo prohibido.

—¿Quieres que salgamos al jardín?

—Bueno.

Hugh llenó otro vaso de zumo y abrió la puerta que daba al jardín.

—Hay sombra en la parte de atrás.

Era un jardincito pequeño, y, al fondo, había un banco de madera bajo una pérgola rodeada de flores.

—¿Vienes?

—Sí, claro.

Hugh admiró el movimiento de sus caderas y el redondo trasero bajo los pantalones. El calor debía de estar afectándolo, pensó. Amy era prácticamente su hermana. Era una traición pensar en ella de esa forma. Además, estaba allí para hacerle un favor.

—¿Te has comprado ropa?

—¿No lo ves? Esta camiseta es nueva.

El orgullo que había en su voz por haber comprado una prenda tan simple hizo que se sintiera aún peor.

—Está muy bien.

Estaba más que bien. Era una sencilla camiseta… que estaba cambiando la imagen que tenía de Amy.

—Pero puede que me haya gastado mucho dinero, Hugh. Todo iba bien hasta que vi un traje de ante. Si es demasiado, te lo pagaré cuando me pagues tú, pero no me obligues a devolverlo.

Él la miró, sorprendido.

—Un par de trajes no van a arruinarme, espero. Además, no puedo quejarme. Te agradezco mucho que estés aquí.

—¿Cuánto? Porque había unos zapatos…

—¡Bruja! No sabía que te gustara tanto la ropa.

—Porque nunca había tenido oportunidad de comprarme nada.

—Sigo sin entender eso, pero en fin. No puedo creer que tu padre no te envíe nada de dinero.

—Él cree que debo buscarme la vida —suspiró Amy, tomándose el zumo de un trago—. Pero déjalo. Hablemos de algo más interesante. La verdad es que estoy un poco nerviosa por lo de mañana.

—No tienes por qué.

—Te conozco, Hugh. Te pondrás histérico al primer error.

—Yo no hago eso.

—Con los demás, no sé. Pero conmigo sí, siempre lo has hecho.

Hugh soltó una carcajada.

—Si te refieres a cuando me copiaste la tesis doctoral, te lo merecías. Qué desastre… Yo podría haberlo hecho más rápido con dos dedos —dijo, ofreciéndole su zumo—. Tómatelo.

—Pero es tuyo.

—No tengo nada contagioso, que yo sepa. Además, prefiero una cerveza.

Amy lo siguió a la cocina.

—¿Qué ha pasado con Sonya esta semana?

Hugh se sirvió una cerveza y esperó un momento antes de contestar.

—Ha enviado otro paquetito a la oficina. Y lo peor es que Richard quiere hacer en su casa la fiesta para celebrar que se retira. Tengo que ir, obviamente, pero estar con Sonya en su territorio me preocupa. Pensé que elegiría otro sitio.

Amy dejó el vaso sobre la encimera y se colocó la horquilla del pelo, sin percatarse de que, en esa postura, la camiseta se pegaba a sus pechos. Hugh no podía dejar de mirar la silueta de los pezones bajo la tela. La idea de que no llevara nada debajo estaba causándole serios problemas.

—No creo que haga nada con su marido delante. Además, ¿no vas a ir con Calantha?

—Sí.

—Pues no pareces muy seguro.

—Iré con Callie a la fiesta, sí —murmuró Hugh, pensativo. No era momento para cambiar de novia, por muy sofocante que fuera. Todo había empezado como una aventura agradable, pero las cosas estaban cambiando. Callie quería casarse, quería tener hijos. No era nada poco razonable, pero Hugh no estaba dispuesto. Nunca lo había estado. Él no quería ese tipo de complicación en su vida.

—Me tienes a mí en la oficina —siguió Amy—. Y a Calantha del brazo. Yo creo que estás a salvo.

—Ojalá.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella cuando sonó el timbre.

—No, que yo sepa —suspiró Hugh, dejando el vaso de la cerveza en la encimera.

—Oye, ¿qué había en el paquetito?

—Unas bragas de color rojo.

—¿Para ti?

Hugh se detuvo en el pasillo, riendo.

—No se me había ocurrido. Voy a ver quién es.

—Sea quien sea, quiere entrar —dijo Amy, al oír que metían una llave en la cerradura.

—¿Cariño?

Era Calantha. Al oír su voz, la alegría de Amy se esfumó.

Naturalmente, Calantha tenía una llave de la casa para entrar y salir cuando quisiera.

Y no debía olvidar por qué estaba allí. La única forma de sobrevivir a la proximidad de Hugh durante dos semanas era recordar que sólo era una invitada. Y tampoco estaría mal recordar que Hugh Balfour era un impenitente mujeriego.

La sinceridad la obligaba a admitir que Calantha estaba guapísima. Llevaba un vestido azul marino con una abertura en la falda que le llegaba hasta el muslo y que la hacía sentirse como si fuera un mueble. No se podía comparar con aquella belleza de piernas interminables cuando había dejado de crecer al llegar al metro cincuenta y ocho.

Calantha se dio una vueltecita para mostrar sus muslos sin celulitis, seguramente haciendo que la temperatura corporal de Hugh se pusiera por las nubes.

—Hola… ¿Amy te llamabas?

—Sí.

La rubia la miró de arriba abajo y, al no encontrar competencia, sonrió de oreja a oreja. Irritada, Amy levantó la barbilla. Que pensara lo que quisiera, ella no estaba interesada en Hugh. Lo conocía demasiado bien y sabía que, tarde o temprano, se buscaría otra.

Como hacían casi todos los hombres.

Calantha se acercó a Hugh y le dio un posesivo beso en los labios.

—Hola, cariño. Siento haberte molestado, es que creía que me había dejado la llave en casa.

Hugh dio un paso atrás.

—¿Quieres beber algo? Amy y yo estábamos charlando en el jardín.

—Puedo quedarme cinco minutos, pero tengo que arreglarme para la cena de esta noche. Por eso he venido, para comprobar si se te había olvidado —dijo, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos. Luego se volvió hacia Amy, con calculada frialdad. Parecía estar midiendo la competencia—. Esta noche tenemos una cena benéfica y Hugh tiene una memoria horrible cuando algo no le apetece.

—Por eso es tan amigo de mi hermano.

—Ah, claro, olvidar tu cumpleaños, qué vergüenza —dijo Calantha—. ¿Salimos al jardín?

—Sí, claro.

—Me encanta este jardín —dijo la rubia, saliendo la primera, como si fuera la propietaria—. Creo que deberíamos poner madreselva. Huele de maravilla.

Amy entendió el mensaje. Hugh no era para ella. En realidad, era un halago que Calantha la creyera competencia. Quizá eran los vaqueros y la camiseta ajustada, pensó. O que la novia de Hugh se sentía particularmente insegura en aquel momento.

—¿Qué te parece?

—Pues… no sé. Habría que preguntarle a Hugh.

—Confía en mí, soy diseñadora —dijo ella, poniendo una mano en la rodilla de su novio—. ¿No te acordabas de la cena?

Hugh estaba serio y eso le dijo que los días de Calantha estaban contados. Y si la otra mujer había intuido su apatía, eso explicaría el antagonismo que mostraba hacia ella.

—Te dije que iría a buscarte a las ocho.

—Pero pensé que se te habría olvidado…

—No se me ha olvidado.

Amy sintió compasión por ella. Sería horrible haber estado con él y saber que iba a decirte adiós. Y siempre lo hacía abruptamente, sin mirar atrás.

—Es una pena que tengamos que salir siendo tu primera noche en Londres, pero es un compromiso. Además, todo el mundo estará allí. Chrissie Langerford y Flinty Rommer van a llevar algunas de mis joyas. Con Flinty seguro que salimos en los periódicos —dijo Calantha, dejando al descubierto una buena porción de muslo al cruzar las piernas—. Son modelos.

—Lo sé.

—Yo estaba segura de que no te importaría, pero Hugh dice que no es justo dejarte sola esta noche.

—Me las arreglaré.

—Eso le dije yo. Supongo que tendrás algún otro conocido en Londres.

Amy empezaba a enfadarse.

—La verdad es que no me apetece salir. Estoy un poquito nerviosa por lo de mañana.

—Ah, es verdad. Es tu primer trabajo —dijo Calantha, toda dulzura—. Seguro que esto te ayudará a encontrar algo fijo. Es una buena oportunidad para ti, ¿no?

—Sí, estupenda —suspiró Amy—. No puedo creer que Hugh sea

tan generoso conmigo.

Él soltó una carcajada.

—Me está haciendo un favor, Callie, así que no te pases con ella —dijo, sonriendo. Y esa sonrisa hizo que a Amy se le pasara el enfado. ¿Qué tenía la sonrisa de Hugh Balfour?

—Yo creo que nos habíamos visto antes, ¿no, Amy? —preguntó Calantha entonces.

—Sí, en Navidad.

—En casa de mi madre —le confirmó Hugh.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Tiraste una bandeja de canapés.

—Sí, es la historia de mi vida.

—Qué corte, ¿no? ¿No tenías un novio entonces?

—Sí, Gregory.

—Eso, Gregory. Un chico muy simpático. ¿Sigues saliendo con él?

No, Gregory Hinchman no era un chico muy simpático. Y no, ya no salía con él.

—No —contestó Amy.

—Qué pena. Pero seguro que encontrarás a otra persona.

—Seguramente.

Amy se levantó. No tenía intención de seguir hablando sobre su vida con la rubia. Y menos delante de Hugh. Además, no era asunto suyo y sólo preguntaba para herirla.

—Bueno, os dejo solos. Aún no he tenido tiempo de deshacer la maleta.

Hugh se levantó también.

—Callie tiene que volver a casa. Iré a buscarte a las ocho, como habíamos quedado.

Por supuesto, Calantha no descompuso la expresión. Siguió sonriendo, como si no pasara nada.

—Estupendo. Me alegro mucho de haberme acordado de ti, Amy. Estaba segura de que nos habíamos visto antes —le dijo, antes de besar a Hugh en los labios—. No lo olvides, cariño, a las ocho.

Mientras los dos salían del jardín, Amy recogió los vasos. Tenía la impresión de haber visto un brillo de desaprobación en sus ojos azules, como si se hubiera percatado de que su novia estaba siendo hiriente a propósito. Pero seguramente no era así.

Los hombres nunca entendían los piques entre mujeres.

Amy hizo una mueca. Y las mujeres nunca entendían lo que pasaba por la cabeza de los hombres. Para ella, estaba claro que

Hugh quería librarse de Calantha. Evidentemente, ella se sentía vulnerable, pero no sabía qué hacer para evitar que cayera el hacha. O quizá sí. Quizá por eso estaba siendo tan desagradable.

Hugh era un hombre difícil, ella lo sabía bien.

Había visto muchas veces ese brillo de aburrimiento en sus ojos, sabía que podía ser muy cruel con las mujeres. Recordaba a Emma Lawson sentada en el jardín de su casa diez años antes, llorando a moco tendido. Entonces supo lo peligroso que era Hugh Balfour.

Aunque no era asunto suyo. Ni entonces ni ahora.

—No tienes por qué hacer eso —dijo él, al verla con los vasos en la mano.

—No me cuesta nada. ¿Los meto en el lavavajillas?

—Amy, siento lo de esta noche.

—No pasa nada.

—Si pudiera evitarlo, lo haría. No me apetece nada, la verdad.

—Te vas a cansar de verme durante estas dos semanas —sonrió Amy—. No te preocupes.

Pero Hugh estaba preocupado. No le gustaba dejarla sola la primera noche que pasaba en Londres.

Sabía lo que le estaba pasando, pensó, mirando su copa de vino. Había reconocido las señales del aburrimiento cada vez que Callie abría la boca, pero era un mal momento. La necesitaba como escudo para la fiesta de Richard. Aunque volver a casa con ella no le apetecía nada.

Hugh respondió, distraído, al comentario de la señora que estaba sentada a su izquierda y siguió dándole vueltas al asunto. Podía seguir con Calantha o cortar con ella. Tenía que tomar una decisión.

Amy dormía, enroscada como un gato, en el sillón. Parecía tan inocente… Con aquella ridícula horquilla de plástico y la cara lavada, resultaba muy guapa, muy fresca.

—Amy —murmuró, tocando su brazo—. Despierta. Es muy tarde. Deberías estar en la cama.

Ella se movió un poco. La única señal de que lo había oído fue un breve movimiento de las pestañas.

—Despierta.

Amy abrió los ojos.

—Hugh… has vuelto.

Y quería besarla.

¿Qué le estaba pasando?

Conocía a Amy desde siempre y nunca había sentido nada

parecido. La había llevado en brazos cuando se rompió la muñeca a los catorce años y no sintió nada. Y tampoco sintió nada durante el funeral de su madre, cuando la abrazó para consolarla.

Era la Amy de siempre.

Pero ahora era como estar con una extraña. Nunca antes se había fijado en las venitas azules de sus muñecas, ni en los puntitos dorados que había en sus ojos castaños. Hugh se apartó, avergonzado del deseo que sentía por ella.

Quizá era una reacción lógica después de haber dejado a Calantha en la puerta de su casa. Era algo que no tenía precedente porque siempre se quedaba a dormir. Aún podía ver su cara de sorpresa cuando descubrió que no tenía intención de entrar.

—Es por Amy, ¿verdad? No seas idiota —le espetó—. Ella no espera que vuelvas a casa esta noche, ya es mayorcita.

Pero Hugh apartó las manos de sus hombros y le dijo que estaba cansado.

—Llámame.

Tendría que hacerlo, aunque no le apetecía. No era el mejor momento para quedarse sin novia.

Cuando volvió a mirar a Amy, ella estaba intentando incorporarse.

—Siento haberte despertado, pero no podía dejarte ahí. Llegarías mañana a trabajar con tortícolis.

Ella se abrochó el albornoz, medio dormida. Era de algodón blanco, viejo y poco atractivo. Una prenda tan fea debería haber tenido el efecto de una ducha fría, pero no fue así. Hugh se preguntó desde cuándo lo tendría, si no podría comprarse uno nuevo…

—Me quedé dormida… ¿Qué hora es?

—Las doce.

—¿Las doce? Pensé que volverías más tarde.

Hugh se sirvió un vaso de whisky.

—¿Quieres algo?

—No, gracias.

Se sentía mejor con un vaso de whisky en la mano. Y mejor aún al sentir el ardiente líquido deslizándose por su garganta.

—¿La cena ha sido insoportable? —preguntó Amy, sin dejar de colocarse el albornoz.

Hugh la observó, buscando un retazo de piel. Le gustaría saber si llevaba algo debajo. ¿Qué pasaría si se acercara, si la tomara por la

cintura y desabrochase el cinturón? Quería mirar…

Nervioso, tomó otro trago de whisky. Se estaba volviendo loco.

—Sí, bastante insoportable —contestó, dejando el vaso sobre la mesa. De repente, dos semanas le parecían mucho tiempo.

Capítulo 4

El día siguiente, en opinión de Amy, llegó demasiado pronto. Después de resistir la tentación de darse la vuelta y seguir durmiendo, sintió un cosquilleo en el estómago. Lo de ser la secretaria de Hugh había sido un error monumental. No debería haber aceptado.

Además, era demasiado temprano, pensó, mientras se incorporaba para buscar las zapatillas, que se habían perdido bajo la cama.

Cuando se miró al espejo del baño, tuvo que hacer una mueca. Parecía una quinceañera. Sonya Laithwaite no la tomaría en serio si la viera con ese aspecto.

Iba a ser la peor secretaria del mundo y, con toda probabilidad, no podría proteger a Hugh. Richard descubriría qué clase de mujer era su esposa, le daría un ataque al corazón y… ¡todo sería culpa suya!

Pero era demasiado tarde. Se había comprometido y, además del dineral que se había gastado en ropa, quería ahorrarle a su padrino cualquier disgusto.

—El desayuno estará listo en quince minutos —gritó Hugh desde el otro lado de la puerta—. Te he dejado una taza de té en la mesilla.

Amy abrió la puerta de golpe.

—¡Qué susto me has dado!

—¿Qué quieres desayunar?

—Tostadas y café —contestó ella, cerrando la puerta de inmediato. No quería volver a ver a Hugh con una toalla en la cintura.

Estaba buenísimo.

Siempre lo había sabido. Pero una cosa era saberlo en teoría y otra muy distinta verlo medio desnudo en su habitación. Amy se frotó la cara con la toalla. La imagen de un torso cubierto de fino vello oscuro y unos bíceps de infarto iba a ser difícil de borrar.

Tenía que controlarse, pensó. No se sentía realmente atraída por Hugh, se dijo a sí misma por enésima vez. Eso sería imposible, pensaba, mientras buscaba su ropa interior en la maleta. Hugh no era su tipo de hombre. Sólo una tonta querría ser parte de una

procesión de mujeres en la cama de un hombre, y ella no era tonta.

Sonya debía de ser la mujer más rara del planeta. ¿Por qué arriesgar una posición tan cómoda como esposa de Richard por una aventurilla con Hugh? Ni siquiera un buen par de bíceps harían que ella se comportase de esa forma. Pero, claro, las otras mujeres no habían sido testigos, como ella, del dolor del que quedaba atrás. Los escarceos de su padre habían llenado la vida de su madre de tristeza. ¿Por qué la gente tenía que ser tan cruel?

Particularmente, cuando estaban comprometidos con esas personas. No lo entendía.

Amy se detuvo un momento para tomar un sorbo de té antes de elegir una falda roja y una camiseta negra. Por supuesto, las mujeres se pegaban por meterse en la cama de Hugh desde que ella podía recordar. Pero ¿por qué? Tenían que saber que aquello no iba a durar.

Él llamó a la puerta cuando estaba maquillándose.

—El café ya está hecho. Yo bajo en cinco minutos.

—Gracias —murmuró Amy, mirándose al espejo. Estaba bien. De repente, tenía pómulos y sus ojos parecían más grandes.

Pero lo mejor era el escote de la camiseta. Amy se admiró en el espejo de cuerpo entero. El sujetador, que valía el precio que había pagado por él, había hecho un milagro. Por primera vez en su vida, parecía tener busto. Por supuesto, no podría competir con Sonya Laithwaite, pero al menos el suyo no era de silicona.

Después de ponerse unos zapatos negros de tacón y tomar el bolsito rojo, cerró la puerta de su cuarto.

—¿Quieres un café?

—Sí, gracias. Sin leche ni azúcar —contestó Hugh desde su habitación.

Amy bajó a la cocina, sintiéndose más alegre de lo que hubiera podido esperar. Había algo maravilloso en estrenar ropa. Además, parecía mayor y más profesional.

Después de servirse una taza de café, buscó el azúcar en los armarios. El primero estaba completamente vacío, en el segundo había dos latas y un paquete de azúcar abierto.

—¿No comes nunca en casa? —preguntó, cuando se abría la puerta de la cocina.

—Prefiero comer fuera —contestó Hugh, que estaba secándose el pelo con una toalla. Llevaba pantalones, pero seguía con el torso desnudo.

Amy apartó la mirada. ¿Por qué no se vestía aquel hombre?

Lo primero que vio Hugh al entrar en la cocina fue lo bien que la faldita roja marcaba su trasero. Y se le atragantaron las palabras al descubrir lo que Amy tenía escondido bajo la ropa ancha.

Y no podía haber ocurrido en peor momento. Amy tenía piernas. Unas piernas bien torneadas… Siempre le había parecido una chica bajita, pero era algo más que eso; era pequeña, de constitución delgada y muy, muy *sexy*. Se quedó hipnotizado.

—¿Qué te parece? ¿Estoy bien? —preguntó ella entonces, dándose una vueltecita.

—¿Yo he comprado todo eso? —preguntó Hugh, dejando la toalla sobre la encimera.

—Sí, y me he gastado una fortuna. Era parte del trato.

—Anoche no me fijé en tu pelo.

No podía concentrarse en lo que quería decir con aquellos ojos castaños clavados en él. No se había fijado hasta aquel momento.

—¿Te gusta?

—Estás… preciosa.

—¿Parezco mayor?

Hugh suspiró. Sí, parecía mayor. Entonces se fijó en el escote de la camiseta, en el pelo, que rozaba sus clavículas. Deberían darle una paliza por lo que estaba pensando. ¡Sobre Amy!

Amy era la hermana pequeña de su mejor amigo y Seb sería quien le diera una paliza si seguía pensando aquellas cosas.

—Ninguna mujer quiere parecer mayor —murmuró, tomando la toalla.

—Pero, ¿sigo pareciendo una quinceañera? Quiero parecer una secretaria.

—Estás estupenda. ¿Seb te ha visto vestida así?

—No.

Hugh se pasó una mano por el pelo. Era lógico. Si Seb supiera que su hermana pequeña era una bomba, no habría dejado que se quedara en su casa.

—Ya.

Amy estaba allí para hacerle un favor y él no pensaba hacer nada que la avergonzase. Aunque, a juzgar por el deseo que sentía de abrazarla, iba a ser muy difícil.

—Voy a ponerme una camisa.

—¿Dónde tienes el pan?

—¿Pan?

—Sí, pan, eso que se hace con trigo. Quiero hacerme unas tostadas —contestó Amy.

Estaba tomándole el pelo, como siempre. Sabía el efecto que ejercía en él y lo encontraba divertido. Muy divertido.

—Hay pan de molde en ese cajón. Hazme una tostada a mí, si no te importa.

—Muy bien —asintió ella, inclinándose para abrir el cajón—. ¿Sólo una?

—Sólo una —contestó Hugh, observando de nuevo ese excitante trasero.

Iban a ser dos semanas muy largas, pensó, mientras se batía en retirada.

Por otro lado, quizá era sólo la sorpresa de la transformación lo que lo había puesto tan nervioso. En algún momento se acostumbraría a la nueva Amy y su libido lo dejaría en paz.

¿O no?

El problema era que aquella nueva Amy Mitchell gustaba. Pero no podía arriesgarse.

Cuando volvió a la cocina, ella estaba sentada en un taburete comiéndose tranquilamente una tostada.

—Tu cocina es un desastre, Hugh. No hay nada para comer.

—Ya te he dicho que como fuera.

—¿También desayunas fuera? Y no me digas que cenas fuera todas las noches… ¿para qué tienes una casa entonces?

—No todas las noches, bruja. Normalmente, voy al gimnasio antes de ir a trabajar y desayuno allí. ¿Te parece bien?

—Muy bien. Sólo lo digo porque tu madre me va a interrogar cuando vuelva a casa. Está muy preocupada por tus arreglos domésticos.

—Pues ahora puedes tranquilizarla.

—Quizá. ¿Por qué vas al gimnasio?

—Para mantenerme en forma y para controlar el estrés —suspiró él, tomando su taza de café—. Es una buena forma de empezar el día.

—Quieres decir que así quemas el alcohol de la noche anterior —replicó Amy—. ¿Sabes que hay tres botellas de vino en la nevera y sólo un poquito de leche? No hay queso, ni verduras…

—Botellas de vino sin abrir —le recordó él—. Si estás buscando señales de mi licenciosa vida, sugiero que mires en la basura. ¿Sigues queriendo ir sola a la oficina?

Amy bajó del taburete.

—Es lo mejor. ¿A qué hora llega Bárbara por las mañanas?

—Entre las siete y las siete y media.

—¡Qué horror!

—Yo llego a la misma hora.

—Ya, pero…

—Nada de peros. Tienes que estar allí cuando estoy yo. Si Sonya se entera de que llegas a las nueve, soy hombre muerto.

Amy abrió el lavavajillas y colocó allí su plato.

—Lo entiendo, pero no creo que una secretaria temporal apareciese el primer día a las siete. Además, Bárbara va a estar esta mañana para decirme lo que tengo que hacer, así que no importa ¿no?

—No, supongo que no —suspiró Hugh, haciéndose el nudo de la corbata—. Pero a partir de mañana tendrás que llegar a esa hora. Para eso te pago.

—Mañana apareceré a las siete, como un reloj —sonrió Amy—. ¿Sabes una cosa? Empiezo a pensar que me he ganado esta ropa.

—No te preocupes, lo harás —bromeó él, tomando su maletín—. Bárbara sólo estará hasta las once, así que llega a las nueve. En punto.

Si necesitaba confirmación de que su aspecto era diferente, la encontró en el hombre que salía de Harpur-Laithwaite y esperó para sujetar la puerta. En su anterior vida, tal cosa no había ocurrido nunca.

Y le hacía falta. Odiaba admitido, pero había algo intimidatorio en el éxito de Hugh, en aquella oficina forrada de madera, con alfombras carísimas.

Una cosa era insultarlo amistosamente en Henley, otra verlo en su territorio. Era una dimensión de Hugh que nunca había tomado en consideración.

Hugh Balfour, guapo, rico, *playboy*. Sí, pero también era un hombre de negocios, un hombre responsable del empleo de mucha gente. Eso lo convertía en alguien más importante.

—Es un mal momento para marcharme —le dijo Bárbara—. Había pensado cancelar mis vacaciones, pero llevaba planeándolas tanto tiempo.

—Seguro que Hugh… digo el señor Balfour no querría que lo hicieras.

Bárbara no pareció notar su confusión sobre la manera

apropiada de llamar a Hugh. Siguió llevándola de un sitio a otro y explicándole las cosas a toda velocidad.

—Me alegro mucho de que hayas venido. Una amiga de la familia me parece la idea más sensata… en estas circunstancias. Espero que no haya una crisis mientras yo estoy fuera. Por cierto, he dejado una carpeta con toda la información que necesitas sobre mi escritorio.

—Muy bien.

—Te he dejado unas notas sobre la reunión del jueves, por supuesto. Y para cualquier otra cosa, pregunta a Fiona, es la ayudante personal de Adrián Dunn, una chica estupenda. Luego te la presentaré. Está en la extensión dos, dos, siete.

—Dos, dos, siete —repitió Amy, absolutamente confusa. Entre los números y la cantidad de pasillos, empezaba a marearse.

—Todo está en la carpeta, no te preocupes.

—Ah, bien.

—Le gusta leer el *Financial Times* de arriba abajo. Dale una hora para que se ponga al día de lo que está ocurriendo en Estados Unidos antes de pasarle llamadas. Y ésta —dijo Bárbara, abriendo una puerta— será tu casa durante dos semanas.

Amy se quedó atónita al ver el enorme despacho. Además del ordenador sobre el escritorio, había una mesa redonda rodeada de sillas, un archivador y una estantería de pared a pared, llena de archivos. Precisamente colocados y aterradores.

Sus experiencias como secretaria temporal se habían limitado a despachos que eran más pequeños que un armario o una recepción en la que la gente entraba y salía. Nada parecido a aquello.

—Si quieres decirle a Hugh que estás aquí… —sonrió Bárbara, señalando una puerta—. Está esperándote impaciente. Voy a hacer un café, ¿quieres?

—Sí, gracias.

Bárbara desapareció, dejándola con la duda de si debía llamar a la puerta o entrar sin llamar. Quería ser amable, pero no tratarlo con deferencia… ¿Por qué había aceptado trabajar para Hugh?

Al final, se decidió por un golpecito rápido antes de empujar la puerta.

Y entonces se quedó helada.

El saludo se le quedó en la garganta al ver a Sonya Laithwaite medio tumbada sobre el escritorio, con su amplio busto prácticamente fuera del escote de una chaqueta color fucsia.

—Aquí llega la caballería —rió Sonya—. Te conozco, ¿verdad? Estoy segura de que te he visto antes.

Amy sintió náuseas. Era lo que Hugh y Seb le habían dicho que debía esperar, pero no lo había creído de verdad. ¿Por qué se portaría así una mujer… particularmente teniendo tanto que perder?

Amy vaciló un momento antes de entrar. Pero entonces vio la expresión angustiada de Hugh y, cerrando la puerta, se acercó, aparentando una calma que no sentía.

Sonya no se movió, no intentó taparse siquiera.

Siguió sentada en el escritorio, con la mitad del pecho fuera de la chaqueta. Y en su rostro, perfectamente maquillado, no había el menor signo de vergüenza.

—Mi padre y su marido son amigos, señora Laithwaite.

Ella no pareció afectada en absoluto.

—¿Ah, sí?

Hugh se levantó de la silla.

—Es Amelia Mitchell —dijo, pasándole un brazo por los hombros. No parecía el gesto más lógico entre un jefe y su secretaria temporal, pero Amy no se movió. Por primera vez en la vida, de verdad creía que Hugh necesitaba ayuda. Y no pensaba defraudarlo.

—¿Mitchell? Ah, ahora recuerdo. Eres hija de Phillip. Pero has cambiado. Cuando te conocí, eras más bien gordita.

—Pues usted es exactamente como la recordaba —replicó Amy.

Sonya la fulminó con la mirada.

—¿Me he perdido algo? ¿No me digas que estás saliendo con Hugh?

—No…

—Es más que eso —la interrumpió él—. Amy y yo vivimos juntos.

Sonya la miró como si fuera un bicho asqueroso.

—¿Lo sabe Calantha?

—Por supuesto —contestó Hugh.

Lentamente, Sonya empezó a abrocharse la chaqueta.

—Fascinante —dijo, con un brillo suspicaz en los ojos—. Pensé que ibas a llevar a Calantha a la fiesta de Richard.

—No, voy a llevar a Amy.

Amy se puso tensa. ¿A qué estaba jugando? Una cosa era ser su secretaria durante dos semanas, pero aquello… Ahora la había

convertido en su amante. ¿Qué había sido de Calantha?

—Ya veo —dijo Sonya, contoneándose—. Siempre habrá otra, cariño. Una más excitante, una nueva aventura. Hugh y yo somos iguales. Si aceptas un consejo: yo que tú no desharía la maleta.

Después, salió del despacho y cerró la puerta. Amy se apartó.

—¿A qué estás jugando? ¿Qué ha pasado con Calantha?

—Calla —dijo Hugh en voz baja—. Podría estar escuchando.

—No —replicó Amy, abriendo la puerta—. ¿Qué está pasando?

—Me alegro de que hayas llegado —suspiró él—. Estaba a punto de enseñármelo todo.

—¿Cómo puedes bromear sobre algo tan serio?

—¿Y qué quieres que haga?

—No tiene gracia. Piensa en lo que habría pasado si a Richard se le hubiera ocurrido venir a verte…

—Por eso estás tú aquí. ¿Dónde está Bárbara?

—Ha ido a hacer café.

—Mal momento.

—¿Y ella qué sabía? ¿Te importaría decirme qué ha pasado entre Calantha y tú?

Hugh dio la vuelta al escritorio para abrir su correo electrónico.

—No hay nada peor que una mujer despechada.

—¿Qué le hiciste anoche? —exclamó Amy.

—Nada. Ése es el problema. Lee el mensaje.

—¿Quién es la otra mujer en la que estás interesado?

—Tú.

El corazón de Amy empezó a latir a ritmo frenético.

—No lo dirás en serio.

—Por lo visto, te estaba prestando demasiada atención. Está preocupada porque no quiero comprometerme y cree que deberíamos darnos un tiempo.

—Sé leer.

Hugh cerró el correo.

—Y tiene razón. No estoy preparado para comprometerme, pero la necesitaba para la fiesta. Menos mal que estás aquí…

—De eso nada. Yo no voy.

—Tienes que hacerlo. Ya le he dicho a Sonya que irías.

—Busca a otra.

—¿Cómo? He estado saliendo con Callie desde octubre. No puedo sacarme una novia de la manga. Sonya no se creería que va en serio.

—Pues entonces, será mejor que intentes convencer a Calantha de que es la mujer de tu vida —sugirió Amy.

—Sólo cambiaría de opinión si le regalo un anillo de compromiso. Y no pienso hacerlo.

—Eso no es asunto mío.

—Pero tú eres perfecta, Amy. Nos conocemos de toda la vida…

Lo decía en serio. Amy lo miró durante varios segundos antes de aclararse la garganta.

—No esperarás que acepte.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no llevas a alguna de tus ex novias? ¿Qué tal la rubia con la que saliste antes que Calantha? ¿Cómo se llamaba, Imogen?

Hugh tomó un lápiz y empezó a dar golpecitos en la mesa.

—Sí, claro. ¿Y qué excusa le doy, después de estar meses sin llamarla?

—¿Qué tal si le cuentas la verdad?

—Estás loca. ¿No te acuerdas de Imogen? Como que ella podría guardar un secreto así.

—Ése es tu problema —dijo Amy, dirigiéndose a la puerta.

—No, es el problema de Richard.

Ella se detuvo, con la mano en el picaporte. La única razón por la que estaba allí era Richard, su padrino. Y no podía consolarse diciendo que Hugh estaba exagerando su problema con Sonya porque lo había visto con sus propios ojos.

Pero ¿hacerse pasar por su novia?

A los quince años se habría puesto a dar saltos de alegría, pero desde entonces la experiencia le había enseñado a ser cauta. Que Hugh estuviera pendiente de ella, que fingiera que la quería… Él saldría indemne de la charada, pero ¿y ella?

¿Y quién iba a creérselo? No quería que la gente se preguntara qué veía Hugh en la hija de Phillip Mitchell. Hugh era un caballo de carreras y ella, después de su experiencia con Greg, se sentía como un poni.

—Nadie creería que estás conmigo.

—Sonya se lo ha creído. ¿No has visto lo enfadada que estaba? —sonrió Hugh, jugando con el lápiz—. Has entrado en el momento oportuno y eres la candidata perfecta. La hija de Phillip, la hermana de Seb, vives en mi casa… es perfecto.

Amy se sintió como si la tragaran arenas movedizas… y no podía hacer nada.

—Pero yo no soy rubia, no soy alta. A ti siempre te han gustado las rubias altas.

—¿Qué?

—Chrisse, Paulette, Rowena, Stefi… y luego Imogen y Calantha, si no recuerdo mal. Todas rubias, todas altísimas. ¿No crees que la gente se sorprendería?

Hugh arrugó la nariz y el estómago de Amy dio el habitual saltito.

—Qué buena memoria tienes.

—No soy tu tipo —insistió ella.

—Pero tú podrías ser el tipo de mujer que elegiría si quisiera una relación en serio.

—Yo no…

—Calla, me parece que ha entrado Bárbara. Ya hablaremos más tarde —la interrumpió Hugh, levantándose para abrir la puerta.

Bárbara estaba al otro lado, nerviosa.

—Acabo de ver a la señora Laithwaite en el pasillo. ¿Ha…?

—Amy se ha cargado al enemigo —la interrumpió Hugh.

—Ah, menos mal. Lo siento, no sabía que la señora Laithwaite estuviera en el edificio. No tenía ni idea.

—Amy lo ha hecho muy bien. En realidad, no podría haberlo hecho mejor.

Bárbara dejó la bandeja sobre la mesa.

—Qué alivio. Bueno, Amy, si quieres venir conmigo, te enseñaré dónde guardo las cosas.

Amy tomó su taza de café y miró a Hugh, con la esperanza de que entendiera que aquella discusión no había terminado. Era absurdo. Cuanto más lo pensaba, más imposible le parecía. No podía esperar que se hiciera pasar por su novia frente a su padrino y todos los demás. Además de que nadie con dos dedos de frente creería que había cambiado a Calantha por ella, no le apetecía ser una de las ex de Hugh Balfour… aunque fuese de mentira.

Amy salió con la secretaria. De eso nada. Tendría que buscarse a otra.

—Bueno, no tengo mucho tiempo —empezó a decir Bárbara— así que vamos a empezar con la carpeta de notas. Tenía siempre cerca de ti, como una Biblia. Ahí están las respuestas a todas tus preguntas.

Ya le gustaría a ella.

Una hora y media después, con el café helado, Amy tuvo que

admitir que las notas de Bárbara eran meticulosas. Incluso tenía un cuaderno en el que anotaba las preferencias de los clientes en cuestión de comidas, horarios o restaurantes. Todo dispuesto para que la vida de Hugh Balfour fuese más fácil.

Amy sonrió mientras repasaba «la Biblia». Hasta que Sonya apareció en escena, todo era fácil para Hugh. Seguramente, ni siquiera sabía todo lo que su secretaria hacía por él. Sólo era una admiradora más.

—¿Crees que te las arreglarás? —preguntó Bárbara, mirando su reloj.

—Espero que sí. Sé usar el ordenador y me has dejado notas para todo.

—Y Hugh te ayudará si tienes alguna duda. Fiona también, claro, pero ahora está un poco nerviosa.

—¿Por qué?

Bárbara vaciló.

—Hugh me ha dicho que has aceptado hacerte pasar por su novia en la fiesta del señor Laithwaite. Yo… en fin, he pensado que sería mejor comentárselo a algunas de la compañera más antiguas… para que parezca más real.

¡Aceptado! Ella no había aceptado nada.

—¿Qué les has dicho?

—Que estáis viviendo juntos y que has aceptado echar una mano en la oficina mientras yo estoy de vacaciones —contestó la secretaria, con expresión preocupada—. Pero ahora que saben que eres la novia del jefe, te vas a sentir un poquito aislada.

—Nadie podrá creerse que soy la novia de Hugh.

—¿Por qué no? —replicó Bárbara, buscando algo en su bolso—. A mí me parece la solución perfecta.

Pero ésa era su opinión, pensó Amy, exasperada. Hacerse pasar por la novia de Hugh era ir demasiado lejos. Aquello era injusto. Se lo había contado a Bárbara para manipularla, para que se lo dijera a todo el mundo.

—Éste es el número de teléfono de mi madre. Puedes localizarme allí si ocurre algo.

—¿No te ibas de vacaciones?

—No exactamente. Mi hermana y su familia vienen de Canadá por primera vez en ocho años y hemos preparado una reunión familiar. Si fueran unas simples vacaciones, las habría pospuesto hasta después de la fiesta de Richard Laithwaite.

—Ah, ya.

Bárbara miró alrededor.

—Bueno, me voy. Tengo que estar en Escocia esta tarde. Llámame si tienes algún problema.

—Lo haré.

—Si tienes que llamar a alguna amiga de Hugh, los números están en un cuadernito negro, en el último cajón de mi escritorio.

—¿Un cuaderno como éste?

—No —contestó la secretaria, con una sonrisa traviesa—. Es una agenda. La más buscada de Londres.

Tendría que echarle un vistazo, pensó Amy. En cuanto Bárbara se marchó, abrió el cajón y, bajo unos papeles, encontró una agenda de tapas negras. Allí había más información sobre las novias de Hugh de la que ella había podido reunir en muchos años.

—Stevenson, Paulette. Cumpleaños, 24 de mayo. Le gusta el *sushi*.

Había muchos más nombres, todos con notas sobre sus gustos. Sin poder evitarlo, Amy buscó la R.

—Rainford-Smythe, Calantha. Cumpleaños, 29 de octubre. Diseñadora. Le gustan las flores amarillas (dice que dan energía a una habitación).

Amy sintió la tentación de añadir: «Te dejó plantado. Quiere un anillo de compromiso». Pero después de una corta deliberación, decidió no hacerlo.

Capítulo 5

Una hora después, cuando Hugh asomó la cabeza en el despacho, Amy se sentía más segura de sí misma. Con toda tranquilidad, había lidiado con las llamadas, incluso con la del iracundo señor Fletcher, y casi había terminado de pasar al ordenador el informe confidencial que Bárbara le dejó como una de las tareas pendientes.

Y también había adquirido un nuevo respeto por Hugh.

Siempre supo que era un hombre inteligente. Sus calificaciones en Oxford eran inmejorables y salió de allí con un doctorado bajo el brazo. Pero nunca se le había ocurrido pensar que era, además, un hombre de éxito. La gente arriesgaba millones fiándose de sus consejos.

—¿Has terminado?

—Casi. Sólo tengo que pasar las conclusiones —contestó Amy, levantando la mirada del teclado.

—Vamos a comer.

—No sé si tengo tiempo. Trabajo para un hombre muy exigente que me tiene encadenada al ordenador —bromeó ella.

—Pues deberías protestar —sugirió Hugh.

—No sabes cómo me gustaría —rió Amy, cerrando el documento —. Es insoportable. Ah, por cierto, ¿tú le has dicho a Bárbara que hiciera circular rumores sobre nosotros?

—Sí.

Su franca admisión la dejó boquiabierta. Con eso la había desarmado.

—¿Para que no pudiera negarme?

—Eso es —admitió Hugh, intentando disimular una sonrisita.

—Pero no es justo.

—No, pero yo soy un hombre desesperado —suspiró él—. Venga, intentaré convencerte mientras comemos. Cuando quiero, puedo ser muy persuasivo.

Hugh siempre hacía eso. Siempre conseguía que los demás se sintieran poco razonables si no le decían que sí a todo. Pero aquella vez no. Aquella vez tenía que ponerse seria.

Por el rabillo del ojo se fijó en el cabello oscuro que rozaba el cuello de la inmaculada camisa blanca e imaginó los músculos que

se escondían bajo la chaqueta. ¿Qué le estaba pasando? Ella conocía demasiado bien a Hugh como para sentirse atraída por él… ¿o no era así?

Hugh Balfour era un desastre. Cambiaba de novia como de camisa, era como un niño en una tienda de caramelos. Tenía mucho donde elegir… Las mujeres caían rendidas a sus pies, pero ella no. Ella quería un hombre serio, alguien que quisiera sentar la cabeza y tener hijos.

No era inmune a los encantos de Hugh, a su atractivo físico… pero no era eso lo que buscaba en un hombre. Y no podía dejar que la sedujera, porque podría hacerle mucho daño. Y ya le habían hecho suficiente.

—¿Adónde vamos?

—Depende de lo que te apetezca. ¿Italiano, chino? O podríamos parar en Ichiro's. Es un bar de *sushi* que acaban de abrir.

—Debes de gastarte una fortuna en almuerzos. La gente normal compraría un bocadillo y se lo comería al sol en cualquier sitio.

—También podemos hacer eso —sonrió Hugh, abriendo la puerta del vestíbulo—. Buenas tardes, Sangita —saludó a la chica de recepción, que se puso como un tomate—. Iremos a donde tú quieras. Estoy intentando convencerte para que vengas conmigo a la fiesta, ¿recuerdas?

«Al menos, lo admite». Pero, claro, ésa era su técnica. La tenía muy estudiada, por lo visto. Siempre convencía a todo el mundo para que hiciera lo que él quería. ¿Cómo si no la había convencido para que le pasara a máquina su tesis doctoral? Y no había cambiado nada desde entonces.

El cegador sol de julio la obligó a cerrar los ojos cuando salieron a la calle.

—Vamos por aquí. Hay un sitio muy agradable… Acabaron en una terraza, con mesas de metal colocadas sobre el suelo empedrado y sombrillas para evitar el sol.

—¿Cómo has descubierto este sitio?

—Un día estuve explorando. Hacen unos bocadillos estupendos.

—Genial —sonrió Amy—. Aunque, supongo que pagarás tú. Yo no tengo dinero.

Hugh desapareció en el interior del bar, dejándola pensativa. No quería hacerse pasar por su novia. Le daba igual lo que pensara la gente de la oficina porque, al fin y al cabo, sólo serían unos días. Lo que importaba era lo que pensara su padrino. Y la madre de Hugh.

Si Moira se enteraba, encargaría la tarta nupcial antes de que nadie se diera cuenta.

Su madre sería su mejor defensa, pensó.

—He pedido dos bocadillos vegetales, ¿te parece? —sonrió Hugh, dejando dos vasos de agua helada sobre la mesa.

—Me parece muy bien, pero no voy a hacerlo.

—¿Qué?

—No voy a hacerme pasar por tu novia. Conocemos a la misma gente y lo de que fuimos novios nos perseguiría para siempre. Sería horrible.

Hugh no dijo nada. Sólo la miraba, con el vaso de agua en la mano. Esperando.

—¿Imaginas lo que diría tu madre?

—Creo que diría que, por fin, muestro algo de buen gusto.

Amy lo miró, esperando ver un brillo burlón en sus ojos. Que no lo hubiera la confundió.

—¿Y Seb?

—Sólo es una fiesta, Amy. ¿Por qué…?

La camarera se acercaba en ese momento y no terminó la frase.

—Sus bocadillos —dijo la chica, mirando a Hugh con cara de admiración. A Amy le dio la risa. Si el encanto de Hugh Balfour pudiera embotellarse ganaría una fortuna. Era ridículo que las mujeres se sintieran atraídas por él como si tuviera un imán.

—Me estoy poniendo difícil, ¿verdad? —sonrió Amy, cuando la chica desapareció.

—Es muy interesante que una mujer no quiera salir conmigo.

—Debería haberte pasado mucho antes.

—Te conozco, Amy —dijo Hugh entonces, poniéndose serio—. No te echarás atrás. Ya has visto a Sonya. Puede que no quieras salvarme el cuello, pero lo harás por Richard.

—Ya, qué listo.

—Lo destrozaría saber que su mujer lo está engañando conmigo —siguió Hugh.

Amy asintió con la cabeza. Aún recordaba a su madre tirada sobre la mesa de la cocina cuando supo que su marido la había dejado. Seguía oyendo sus sollozos y sintiendo la angustia de no poder hacer nada. No podía quedarse de brazos cruzados si existía la posibilidad de ayudar a su padrino.

—¿Qué podría pasar? —insistió Hugh.

Era una pregunta que ella no quería contestar.

No sabía qué la asustaba más, que Hugh empezara a gustarle o que la gente hablase de ella.

—No quiero que la gente piense que soy una más de la lista. Es humillante.

La respuesta pareció sorprenderlo.

—Imposible. Tú no eres rubia.

—Ya sabes lo que quiero decir. No me hace gracia que la gente especule, que se pregunten qué ves en mí. ¿Por qué no usas tu agenda de contactos y buscas a alguien mejor que yo?

—No tengo agenda.

—Sí la tienes. Bárbara es la secretaria perfecta. Tiene toda tu vida documentada y tus contactos anotados.

—¿Qué?

—Te lo demostraré cuando volvamos a la oficina.

Hugh se echó hacia atrás en la silla, sorprendido. Amy no era como las demás mujeres. Podía ser muchas cosas diferentes al mismo tiempo. Podía ser divertida y enfadarse un segundo después o ponerse a la defensiva…

Normalmente, no era fácil entenderla, pero en aquel momento era evidente que estaba nerviosa. Considerando que eran amigos, que se conocían desde hacía tanto tiempo, era absurdo que se negara a ir con él a la fiesta de Richard.

Y también era extraño que él lo deseara tanto.

Algo había cambiado en las últimas veinticuatro horas. Amy había dejado de ser la hermana pequeña de Seb y se había convertido en otra persona.

Le parecía preciosa. El brillante pelo castaño caía sobre sus hombros y sus ojos tenían un misterio que no había visto hasta entonces. Por un lado, era alguien muy familiar, por otro una persona a la que no conocía… y a la que quería conocer. Pero que tuviera una autoestima tan baja lo dejaba perplejo.

¿No sabía lo atractiva que era?

—Amy, no hay nadie mejor que tú. Confío en ti. Somos amigos y necesito tu ayuda.

Ella se quedó pensativa un momento.

—Si voy a la fiesta…

—¿Sí?

—¿Sólo sería una noche?

Hugh se sintió culpable. Sabía que la información que le había dado a Bárbara pasaría de unos a otros…

—Te necesito hasta que solucione este problema con Sonya.

—¿Y cuánto durará eso?

—Después de la fiesta, Richard y ella se van de vacaciones. Cuando vuelvan, no tendrá razón alguna para ir a la oficina porque Richard ya estará retirado, y yo le dejaré claro que no quiero saber nada de ella.

—¿Tú crees que funcionará?

—Eso espero. Sonya no quiere divorciarse de Richard, tiene gustos muy caros.

—¿Me lo puedo pensar?

—Amy, por favor. Cuando volvamos a la oficina, todos sabrán que somos pareja.

—No me dejas alternativa, entonces —replicó ella, enfadada.

—No, lo siento.

—Claro, la buena de Amy al rescate. Me alegra saber que sirvo para algo…

—¿Por qué dices eso?

—Por nada —contestó ella, encogiéndose de hombros.

—¿Por qué hablas así de ti misma? Alguien te ha hecho daño, está claro. ¿Fue ese chico, en Navidad?

Amy negó con la cabeza.

—No, no fue Greg. Y si lo fue, ya no importa.

Hugh vio que se mordía los labios, nerviosa.

—Cuéntamelo.

—¿Lo de Greg? No hay mucho que contar. Encontró a otra que le gustaba más que yo, nada más.

—¿Una amiga tuya?

—No —contestó Amy—. Sólo otra chica más interesante, lo de siempre. Pero que Greg me dejara no tiene nada que ver con que no quiera hacerme pasar por tu novia… Bueno, sí, supongo que tiene algo que ver. No me hizo ninguna gracia que la gente hablara de mí, que me mirasen con compasión.

—¿Así es como te ves a ti misma? ¿Cómo una mujer a la que dejó un hombre?

—No, claro que no.

—Pero no te gusta que hablen de ti.

Amy mordió su bocadillo, pensativa.

—No.

—Y te preocupa lo que dirá la gente cuando sepan que no estamos juntos.

—Sí.

—Pero eso tiene una fácil solución: diremos que me has dejado tú —sonrió Hugh—. Diremos que me encontrabas tan insoportable como siempre y yo haré como que estoy destrozado durante una semana. ¿Te parece?

Amy soltó una risita.

—Tres semanas destrozado como mínimo.

—Dos.

—Dos —aceptó ella—. Y le cuentas la verdad a tu madre.

—Muy bien —rió Hugh—. ¿Quieres otro bocadillo?

—No.

—Entonces, volvamos a la oficina —dijo él, levantándose—. Oye, Amy…

—¿Qué?

—No voy a dejar que te hagan daño.

—Ya, claro —suspiró ella—. Pero me gustaría que buscaras a otra.

—¿De mi agenda?

—De tu agenda. Hay mucho donde elegir.

Al final, había aceptado hacer lo que Hugh quería, como siempre. Eso debería irritarla, pero no era así. Después de ver a Sonya en su despacho, no tenía duda de que la necesitaba. Además, no estaría mal hacer creer a la gente que era ella quien había cortado con Hugh Balfour.

Cuando entraban en el vestíbulo, Hugh le pasó un brazo por los hombros.

—Richard.

—¿Dónde?

—Ahí.

Amy se volvió cuando Richard Laithwaite se dirigía hacia ellos.

—He estado en tu despacho, Hugh. Quería ver a Amy para ver qué tal le había ido esta mañana. ¿Cómo estás, cariño? —sonrió, dándole un beso.

—Bien. ¿Y tú cómo estás?

—Muy bien.

Tenía buen aspecto. Si no hubiera sabido lo de su angina de pecho, no lo habría adivinado.

—Vamos a tomar un café en el despacho de Hugh. No te he visto desde Semana Santa…

Amy se percató de que todo el mundo estaba mirándola y se

sintió incómoda. Nunca se había sentido así con su padrino. Pero no podía dejar de pensar en el busto de Sonya prácticamente saliéndose de la chaqueta.

—Comí con Seb el mes pasado —siguió Richard—. Esa empresa de producción suya parece que está despegando. Consiguió muy buenas críticas por el último documental.

—Sí, es verdad. Ahora está preparando otro.

—¿Y Luke?

—Volverá de África a finales de año. Que yo sepa, sigue queriendo volver a casa.

Richard asintió.

—Me alegro. En Londres hacen falta buenos pediatras. No sé por qué se marchó.

Cuando llegaron al despacho, Hugh se ofreció a hacer el café.

—Por favor, ofréceme una de esas chocolatinas que te compra Bárbara —sonrió Richard, volviéndose hacia Amy—. Nadie más en la oficina las tiene. Y seguro que Bárbara no sabe que hemos averiguado dónde las guarda: en el cajón de la derecha.

Hugh soltó una carcajada.

—Tendré que decirle que las cambie de sitio.

—Bueno, Amy, cuéntame qué tal te va en Londres.

—Aún no he visto mucho, la verdad —contestó ella, un poco nerviosa. ¿Y si Sonya aparecía por allí?

—Hugh me ha dicho que vas a buscar apartamento.

—Sí, pienso ahorrar todo lo que pueda para pagar la fianza.

—No te preocupes —sonrió su padrino—. Yo me encargaré de eso. No sabía que tu padre no te pasaba dinero… en fin, supongo que tiene otras cosas en la cabeza.

—Sí, claro.

Los astutos ojos de Richard Laithwaite parecían entender más de lo que ella quería.

—Lynda no es de las que comparte. Debería haberlo pensado antes.

Era curioso que pudiera ser tan observador sobre unas cosas y tan obtuso sobre su propia mujer. Quizá porque necesitaba a Sonya. Quizá estaba loco por ella. Amy se mordió los labios. Eso sería una pena.

—Es hora de que vendas la casa de tu madre. Guarda demasiados recuerdos y no todos ellos agradables.

Hugh abrió la puerta en ese momento.

—Alguien había hecho el café por mí.

«Qué raro», pensó Amy.

—Le estaba diciendo a mi ahijada que es hora de vender la casa y marcharse de Henley. Además, no creo que queden muchos amigos por allí.

—Queda la madre de Hugh.

—Ah, sí, Moira. No creo que se vaya nunca, ¿no, Hugh?

—No, no lo creo.

—Cuando tu padre murió, intenté convencerla para que viniera a Londres, pero se negó —suspiró Richard—. Ojalá me hubiera acordado de que empezabas hoy a trabajar. Podría haber venido con Sonya.

Amy tragó saliva.

—Sí, es verdad.

—Podríamos quedar a cenar una noche. Los cuatro.

Hugh dejó su taza sobre la mesa.

—¿Tendrás tiempo antes de la fiesta?

—La verdad es que no lo creo —suspiró Richard—. Pero cuando volvamos de Florida…

—Eso sería estupendo —lo interrumpió Amy. Para entonces, Hugh habría hablado muy seriamente con Sonya. O eso esperaba.

Richard miró su reloj.

—¿Vendrás a la fiesta, cariño?

—Por supuesto.

—Hugh te llevará en su coche, imagino.

—Eso espero.

Era una cobardía, pero Amy no se atrevía a decirle que iría como su novia. Y, aparentemente, Hugh tampoco iba a decírselo.

Richard no pareció percatarse de nada.

—Sonya esta trabajando muchísimo para organizar la fiesta. No habla de otra cosa… la verdad, creo que se siente un poco sola. Pero cuando me retire, podré pasar más tiempo con ella.

A Amy le dieron ganas de llorar. El pobre no tenía ni idea de que su mujer estaba absolutamente encantada de buscar diversión en otra parte.

—Por fin podremos viajar a todos esos sitios que quiere conocer —siguió su padrino, levantándose—. Bueno, me voy a trabajar. No termino hasta el viernes.

Cuando salió del despacho, Amy dejó escapar un suspiro.

—Qué horror.

—Por eso tenemos que ir juntos a la fiesta.

—¿Por qué no se da cuenta de cómo es su mujer?

—Porque Sonya disimula cuando está con él. Es horrible, estoy de acuerdo —suspiró Hugh—. Pero estamos haciendo lo que podemos. Aunque, de todas formas, creo que es inevitable que esa arpía le rompa el corazón.

Amy lo vio desaparecer dentro de su despacho. Tenía razón, era inevitable. Pero podían retrasarlo todo lo posible. Por primera vez desde que llegó a Harpur-Laithwaite, se sentía contenta de estar allí.

—¿Señorita Mitchell? —preguntó un chico a media tarde.

—¿Sí?

—Nos hemos dejado un par de cartas para el señor Balfour esta mañana. Una de ellas dice «entregar en mano», así que podría ser importante.

—No te preocupes. Yo se las daré.

El chico salió del despacho caminando hacia atrás, como si fuera una reina. Si fuera sólo porque era la secretaria de Hugh Balfour le habría hecho gracia, pero Amy sabía que era por otra cosa. La noticia de que se acostaba con el jefe evidentemente había corrido como la pólvora. Seguro que el chico volvería al departamento de correo diciendo «es muy bajita» o «no es tan guapa como las otras».

Amy abrió las cartas y les echó un vistazo. No eran nada importante. Pero sospechaba de quién era el paquetito que decía «entregar en mano». Y no se equivocó: era un sujetador. De encaje, diminuto. No estaba diseñado para sujetar nada, sino para que alguien lo arrancase a mordiscos, seguramente.

Suspirando, llamó a la puerta del despacho y entró, con el sujetador en la mano.

—Ha llegado esto para ti. Supongo que va a juego con las bragas.

Hugh levantó la mirada.

—Esta mañana me ha preguntado si me gustaban sus regalos.

—¿Qué hiciste con las bragas?

—Guardarlas en el archivo, en la B —suspiró Hugh, poniéndose las manos en la nuca—. ¿Y dónde guardo esto, en la S?

—A menos que sugieras algo mejor…

Amy abrió el archivo y encontró las bragas.

—No son bragas, es un tanga. Debería estar en la T.

—Me da igual.

—No puedes guardar todo esto aquí. ¿Y si alguien lo ve?

—¿Dónde quieres que lo ponga?

—¿Por qué no lo tiras?

—Me encantaría ver la cara de la señora de la limpieza si lo encuentra en la basura.

—Llévatelo a casa.

—No pienso hacerlo —contestó Hugh.

—Muy bien, lo guardaré en el cajón de Bárbara y ella decidirá qué hacer. No creo que nadie piense que es mío… a menos que me hubiera hecho la cirugía estética, claro.

Hugh rió, pero era una risa forzada. En su cabeza, acababan de aparecer alarmantes imágenes de Amy con un sujetador y un tanga como aquéllos. Tenía unos pechos pequeños pero firmes y, aunque aquel día llevaba sujetador, el escote era igualmente seductor. ¿Qué le estaba pasando? La conocía desde que era pequeña, había pasado horas en su compañía y nunca lo había afectado así.

Sonya desvistiéndose en su oficina no entraba en sus fantasías, pero si la reemplazaba por Amy… eso tenía muchas posibilidades. Y si no lo paraba de inmediato, podría convertirse en una obsesión.

Estaba estresado, se dijo. Tenía que ser eso. Una vez que pasara la fiesta, todo volvería a la normalidad.

—No entiendo por qué hace esto —suspiró Amy, saliendo del despacho—. ¿No le dará vergüenza?

—Sonya no tiene vergüenza.

Hugh la oyó abrir el cajón del escritorio de Bárbara e imaginó su redondo trasero. ¿Cómo no se había fijado antes? Amy no vestía de forma llamativa, como Sonya o Calantha, y, sin embargo, era sorprendentemente bella.

Y vulnerable. Amy había nacido para «hasta que la muerte nos separe» y él no era capaz de ese compromiso. No lo quería.

—¿Hugh?

—¿Sí?

—¿Crees que Sonya sólo lo hace contigo?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Pues… porque si lo hace con otros hombres Richard podría enterarse.

Después, cerró la puerta del despacho, dejando a Hugh golpeando el escritorio con un lápiz. Lo importante era que Richard no se enterase, desde luego. Y para eso, necesitaba a Amy.

Irían a la fiesta, se marcharían y no pasaría nada.

Nada en absoluto.

Capítulo 6

—¿Por qué tenemos que salir? —preguntó Amy, tumbada en el sofá—. Estoy leyendo.

Hugh le quitó la novela de las manos.

—Porque no tengo nada que hacer.

Podría haber añadido que no podía soportar verla tumbada en el sofá, medio despeinada y descalza, pero no lo hizo. Había encontrado estrategias para no dejarse afectar por ella en la oficina, pero en casa era diferente. Después de unos días, empezaba a acostumbrarse a su presencia. A echarla de menos si no estaba.

Y eso lo enfurecía. No entendía por qué. Quizá no había un porqué, pensó. O quizá era la combinación de simpatía y deseo a lo que no podía acostumbrarse. Antes de Amy, todas las mujeres habían entrado en un campo o en otro.

—¿Adónde quieres ir?

—¿Al teatro?

—¿A ver qué?

—No lo sé. Venga, vámonos de aquí.

—Muy bien —suspiró ella, levantándose—. ¿Tengo que cambiarme o puedo ir así?

Hugh miró el vestidito azul que marcaba la estrecha cintura y tuvo que tragar saliva.

—Estás bien así. Además, si te arreglas no llegaremos a tiempo.

—Espera, voy a buscar mi bolso.

Hugh se pasó una mano por el pelo. No se sentía cómodo. Nada cómodo.

No se había fijado nunca en sus piernas, ni en cómo se mordía los labios o en que siempre se tumbaba para leer. No sabía que estuviera obsesionada con los crucigramas y que odiase el chocolate. Nada particularmente significativo, pero todo junto empezaba a conformar una imagen fascinante de Amy.

Y eso lo asustaba.

Porque ella no era una mujer a la que pudiera apartar de su vida. Era casi la hermana que nunca había tenido y, sin embargo, lo que sentía por ella no era nada fraternal.

—Ya estoy lista —dijo Amy, con los zapatos puestos y el bolso al hombro—. ¿Vamos a ir andando?

—Sí, creo que sí.
Cuando salieron a la calle, la brisa vespertina había hecho desaparecer el calor asfixiante de la mañana. Y Amy se dio cuenta de que se sentía feliz. Había pasado mucho tiempo desde que se sintió así. Las dificultades de su vida parecían muy lejos en aquel momento. Estar con Hugh era muy agradable, además. Era casi como estar en un sueño. Nunca habría pensado que, un día, saldrían juntos a pasear, al teatro. Solos.
—¿Quieres que vayamos a ver *Los Miserables*?
Ella arrugó la nariz.
—Prefiero pasear un poco. Además, siempre que voy al teatro, tengo un señor altísimo delante de mí.
Hugh sonrió.
—Vamos al río. Podemos pasear por la orilla.
Era casi como una cita…
Amy se enfadó consigo misma por pensar así. Para Hugh, ella sólo era la hermana de Seb, alguien con quien no tenía que esforzarse, con quien no tenía que quedar bien. No debía hacerse ilusiones.
—¿Has pensado qué vas a hacer cuando Bárbara regrese a Londres?
—No. Tengo que llamar a alguna agencia de trabajo temporal, pero no lo he hecho todavía.
—Aún queda tiempo.
—Sí.
Otra semana. Bárbara estaría fuera sólo una semana más. El sábado, dos días después, tendría lugar la fiesta. Luego Sonya se iría de vacaciones y Bárbara volvería a la oficina. Y Hugh ya no la necesitaría.
Era raro que le gustase tanto estar con él. Además, estaba equivocada sobre ciertas cosas. Para empezar, trabajaba mucho. Creaba tal cantidad de trabajo que la mantenía pegada al ordenador todo el día.
Y era mucho más taciturno de lo que imaginaba. Más serio, más intelectual. Entonces, ¿por qué salía con mujeres como Calantha?
Siempre lo había visto con alguna rubia impresionante. Siempre era el centro de atención, siempre divertido, tonteando con todas. Sin embargo, leía los periódicos de cabo a rabo, tenía ideas políticas que harían que su padre se pusiera furioso, compraba comida orgánica y se oponía a la crueldad con los animales.

Entonces, ¿por qué Calantha? Una mujer cuyo proceso mental no iba más allá de lo que iba a ponerse para una fiesta.

—¿Hugh?

Él se volvió, tan guapo como siempre. Pero Amy no se atrevía preguntar. No era asunto suyo.

—¿Quieres que compremos algo de comer? —preguntó, señalando un puesto de la calle.

—¿Mejor que ir a un restaurante?

—Podríamos sentarnos cerca del río para mirar los barcos.

—Si eso es lo que quieres —sonrió Hugh, acercándose al puesto, que olía a grasa y a vinagre.

Unos segundos después, volvía con un cucurucho lleno de patatas fritas.

—¿Quieres *ketchup*?

—No, gracias.

Aquélla era una tarde perfecta. No tenía que ser lo que no era, no tenía responsabilidades, ni preocupaciones… y estaba con Hugh.

—Dicen que los periódicos sólo sirven para cucuruchos de patatas al día siguiente, pero ya no es verdad, ¿no?

—¿Qué?

—Ya no usan papel de periódico. Usan este papel blanco del que se escapa toda la grasa —sonrió Amy, tomando una patata frita.

—Probablemente, las autoridades sanitarias pusieron el grito en el cielo.

—Probablemente.

—Eres una cita muy barata —dijo Hugh entonces.

Amy levantó la mirada y sintió un cosquilleo en el estómago al ver el brillo de sus ojos azules. Hugh Balfour era insoportablemente guapo, desde luego.

—Una bolsa de patatas y un paseo por el río.

—Pero esto no es una cita, ¿no?

—No.

—¿Echas de menos a Calantha? —preguntó ella entonces, arriesgándose a mirado. Hugh tenía la mirada perdida en el horizonte.

—¿A Callie? No.

Amy arrugó el ceño. Había contestado como si la pregunta fuera absurda y, sin embargo, habían sido pareja durante meses. Incluso habían ido juntos de vacaciones a las islas Maldivas.

—Debes de echarla un poco de menos. Es muy guapa.

Hugh se volvió para mirarla.

—No estaba enamorado de ella, así que no la echo de menos. No todos somos como tú, Amy. No esperamos que el amor dure para siempre. Es más práctico aceptar que las cosas duran lo que duran y ya está.

Amy nunca imaginó que estaría amargado. Pero sus palabras eran frías y crueles.

—No puedes creer eso de verdad.

—¿Por qué no?

Ella se dejó caer sobre un banco, pensativa. Lo habría descrito casi como un idealista… Entonces, ¿por qué se conformaba con algo que no era perfecto? Lo que sabía de Hugh y lo que acababa de decir no coincidía… aunque ésa era una descripción ajustada de su vida.

—No pongas esa cara. Callie no buscaba más de lo que yo podía darle.

—No creo que eso sea verdad. Calantha quería un anillo de compromiso, de modo que quería algo más.

Él se encogió de hombros.

—Yo creo que quería la seguridad del dinero más que otra cosa.

Amy lo miró, boquiabierta.

—¿Y por qué sales con alguien así?

—Porque es más seguro.

—¿Más seguro que qué?

—Que la alternativa —contestó Hugh—. Yo no creo en las familias felices. Mira Richard. Sonya lo está dejando en ridículo…

—Pero no todo el mundo es así.

—No, no todo el mundo. Pero casi siempre.

Ella lo miró con curiosidad. Era como si la fachada que presentaba ante el mundo estuviera derribándose. Hugh estaba dolido, pero no sabía por qué. Era ella quien había tenido que vivir una ruptura en su familia. Los padres de Hugh se quisieron siempre. Demasiado, incluso. Su padre no quería compartir a su esposa con nadie, ni siquiera con su hijo. Y Moira Balfour había compensado eso dándole todos los caprichos. Para ella, Hugh era el hombre perfecto.

—¿Y en qué crees, si puede saberse?

—En la pasión, en el deseo mutuo —contestó él, encogiéndose de hombros—. En el amor, no.

Amy se entristeció. ¿Qué le habría pasado para pensar así? ¿No

quería tener la seguridad de ser amado, de tener hijos, de crear un futuro con alguien?

—Después de todo lo que he visto… mis padres… yo sigo creyendo en el amor.

—Y seguro que también crees en el ratoncito Pérez —murmuró Hugh.

Amy dejó que un grupo de turistas japoneses pasaran por delante antes de contestar:

—Yo no podría vivir como tú, como si nada fuera importante.

—No, supongo que no.

—Pero no me gustaría que mis hijos pasaran por lo que yo he pasado.

—¿Fue muy duro? —preguntó Hugh entonces, pasándole un brazo por los hombros.

—¿Sabes que mi abuelo, el padre de mi madre, también engañaba a mi abuela? Mi madre debería haber elegido un hombre diferente, pero no lo hizo. Y le pasó lo mismo. Ella no pudo cambiarlo como mi abuela no pudo cambiar a mi abuelo. Y, al final, mi padre nos dejó.

—¿Lynda no fue su primera aventura?

—No. Mi madre solía encontrar notas en sus bolsillos o estaba fuera de casa durante días sin dar explicaciones… La pobre lo pasaba fatal. ¿No te lo ha contado Seb?

—No.

Hugh apretó su abrazo, pero no dijo nada más. ¿Por qué se lo había contado?, se preguntó Amy. ¿Por qué quería que supiera cuánto dolía un engaño?

¿Cuánto le había dolido a ella?

¿Esperaba que, de repente, Hugh dijera que la entendía y que quería una relación seria con alguien como ella? Debía de haber algo en sus genes que la predisponía a elegir a los hombres equivocados.

—Pero supongo que algún día querrás tener hijos.

—No.

—¿Nunca? —exclamó Amy.

—No, nunca. Es demasiada responsabilidad. Demasiadas probabilidades de hacerles la vida imposible, como nuestros padres a nosotros.

—Pero tu madre te adora.

—Y mi padre me odiaba.

—¿Por qué?

—¿Importa algo después de tanto tiempo? Murió hace muchos años.

El padre de Hugh había sido un hombre muy estricto al que siempre le pareció que su hijo no estaba a la altura. Quizá por eso Hugh se esforzó tanto en la universidad.

—Me odiaba tanto como yo a él. ¿Te sorprende?

—Sé que era muy estricto contigo, pero pensé que no te dolía tanto.

—¿Cómo no iba a dolerme?

—Es increíble las cosas que nos quedan de la infancia, ¿verdad?

Incluso a Hugh, pensó. Él, que siempre parecía tenerlo todo claro, que nada parecía afectarlo.

Era muy triste.

—Esta conversación es muy deprimente.

—Es verdad, hablemos de otra cosa. Imagina cómo sería este sitio hace cien años —sonrió Amy—. Debía de estar sucísimo y abarrotado de gente. Ahora está todo limpio y con un puente de diseño.

—Me gusta ese puente. Es mucho mejor que algunas de esas monstruosidades pseudohistóricas. Pero no entiendo por qué todos los bancos están frente al puente del Milenio y no frente a la catedral de St. Paul.

—¿Ah, sí? Es verdad. ¿Por qué?

—Quien tomara la decisión, prefería lo nuevo a lo viejo.

—Pues a mí me parece fatal.

Siguieron paseando por la orilla del río, charlando sobre arquitectura y cosas banales, pero Amy no podía quitarse de encima la sensación de sorpresa.

Hugh Balfour. El hombre que parecía tenerlo todo…

Ahora entendía por qué salía con mujeres como Calantha. No quería una relación de verdad, no quería sentirse vulnerable y amar a alguien siempre hacía a uno vulnerable.

Nadie entendía eso mejor que ella. A pesar de todo, su madre había seguido amando a su padre hasta que murió. Por eso le había hecho tanto daño, porque aceptó sus mentiras hasta que, por fin, se cansó de ella.

Amar era un riesgo y saber eso la había hecho más cauta. Su experiencia con Greg fue un duro golpe, pero no había destrozado sus ilusiones.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Hugh.

—No sé, en mí. Estaba pensando que soy como el personaje de La inquilina de *Wildfell Hall*, de Anne Brontë.

—¿Ésa que, supuestamente, es la primera novela feminista?

—¿Cómo lo sabes?

—He recibido una carísima educación —sonrió él.

—Leí ese libro hace mucho tiempo. La protagonista tuvo un primer matrimonio horrible, pero luego encontró el amor verdadero. Describía su segundo matrimonio como «el triunfo de la esperanza sobre la experiencia». Así soy yo. Teniendo en cuenta mi experiencia, no debería creer en el amor, ¿verdad?

—No. Te iría mejor ser excéntrica y tener muchos gatos.

—Idiota.

—Era una broma.

—Yo soy más fuerte que eso. En lugar de abandonar por completo, he decidido elegir bien… usar la cabeza, no las hormonas.

Hugh soltó una carcajada.

—Buen plan.

—Yo también lo creo.

Pero eso significaba dejar de soñar con Hugh. Y, si era sincera consigo misma, debía admitir que lo hacía. Hugh nunca cambiaría y elegirlo sería elegir con las hormonas y no con la cabeza.

Hugh no podía dejar de pensar en lo que Amy había dicho. O más bien, en cómo lo había dicho. Con tal determinación, tal optimismo.

Podía oírla al otro lado de la puerta, moviéndose, canturreando en voz baja. Hugh tiró el periódico y se levantó, incómodo. Desde que estaba en su casa, era como si hubiera puesto un espejo delante de su vida… y no le gustaba lo que veía.

Pero no había alternativa. No podía fingir que creía en el amor si no era cierto. No podía decirle por qué, no podía decírselo a nadie. Era su secreto. Un secreto que pertenecía a su madre.

—¿Alguien puede hacerme un café?

Amy abrió la puerta enseguida. En realidad, la había llamado más porque quería verla que porque quisiera un café.

—Sonya está en el edificio. ¿Seguro que quieres que me vaya?

—No, entonces no —contestó él, mirando por la ventana.

—¿Estás bien?

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No, por nada. ¿Estás preocupado por lo de mañana, por la fiesta?

—Un poco. Me alegraré cuando termine.

—Yo también. Por cierto, me he comprado un vestido carísimo. Si esta charada durase mucho tiempo, acabarías en la ruina.

Hugh la observó sentarse sobre el escritorio y cruzar las piernas. Tenía unos tobillos muy delgados. ¿Por qué no se había fijado antes? Sus muñecas también eran muy delgadas, muy seductoras.

—¿No tienes nada que hacer?

—Tengo mucho que hacer, pero no es sano estar delante del ordenador mucho tiempo sin tomarse un descanso.

—Siempre tienes una respuesta, ¿eh? Si fueras mi secretaria de verdad, te despediría.

Amy rió.

—Sé que me quieres.

Le estaba tomando el pelo, lo sabía. Pero algo se encogió en su interior. Amy quería cosas diferentes de la vida. Sólo había aceptado hacer el papel de su novia para ayudar a Richard, pero nunca consideraría serlo de verdad, porque un hombre como él le haría daño.

—¿Quieres que te hable de mi vestido?

Hugh volvió a sentarse tras el escritorio y tomó un lápiz. Algún día encontraría al hombre de su vida. Compraría una casita con jardín y viviría feliz con su marido y sus hijos. Era algo que él había rechazado siempre… Entonces, ¿por qué ahora esa idea le resultaba tan apetecible?

—Dime.

—Es de color marrón. Caramelo, más bien.

—Qué rico.

—Voy a estar guapísima. La chica de la tienda me ha dicho que siempre debería llevar vestidos de un solo color porque me hacen más alta. Y zapatos de tacón —dijo Amy, saltando del escritorio—. Y creo que funciona.

Él también. La puerta se cerró y Hugh dejó escapar un suspiro. Eran esos tobillos finos… estaba seguro de que podría rodearlos con una sola mano. Luego podría deslizarla hacia arriba, hacia sus muslos, su cintura, la curva de sus pechos…

Amy Mitchell era una belleza y nunca se había fijado. Pero lo malo era que ella parecía verlo como siempre. Estaba cumpliendo alegremente su parte del trato mientras él estaba sufriendo. Y eso

empezaba a molestarlo.

Amy llamó a la puerta antes de volver a asomar la cabeza.

—Me han pedido que lleve unos informes al despacho de Richard. Si Sonya se entera, sabrá que estás solo.

Él se pasó una mano por el pelo. Sólo un día más. Sólo le quedaba un día.

—Horror.

—¿Qué quieres que haga?

—Tendrás que encerrarme. Llévate la llave.

—¿Y si hay un incendio?

—Entonces tendrás que venir corriendo para sacarme de aquí. Si viene Sonya, intentaré no hacer ruido para que crea que no estoy. Resulta patético, pero es lo único que puedo hacer.

Era una situación ridícula, desde luego.

Capítulo 7

El vestido había costado una fortuna. ¡Para una sola noche! Era un crimen, sobre todo pensando en el dinero que debía. Pero ¿qué demonios? Hasta la cursi de Calantha habría aprobado el vestido de seda color caramelo, y no había nada de malo en ser Cenicienta por una noche.

Amy sabía que estaba jugando con fuego, pero eso la hacía sentirse eufórica y asustada al mismo tiempo.

—¿Lista? —preguntó Hugh desde el pasillo.

Amy se miró al espejo por última vez. Había llegado la hora. Aquella noche, era la novia de Hugh Balfour.

Y él estaba al pie de la escalera, guapísimo con un esmoquin. Tenía que recordar ese momento. Nunca habría imaginado que habría un momento así para ellos.

—¿Qué tal? —preguntó, bajando la escalera con cuidado para no pisar el bajo del vestido.

—Guapísima.

Parecía nervioso y entendía por qué. Sonya en su casa sería más peligrosa que en ningún otro sitio.

—¿De verdad crees que Sonya espera que vayas conmigo?

—¿Por qué no? Eso es lo que le hemos dicho.

—Pero puede que no haya creído que estamos juntos.

Hugh le pasó un brazo por la cintura.

—Entonces, tendremos que convencerla.

Amy lo miró, esperando ver un brillo de burla en sus ojos, pero estaba serio. Seguramente, intentaba recordarle lo importante que era esa noche para él.

—Haré lo que pueda.

El calor de aquellas manos en su cintura la excitaba. El instinto le decía que se apoyara en él, que lo provocase un poco…

¿Cómo sería darle un beso? Tenía unos labios tan firmes, tan sensuales. Había oído a Imogen, una de las novias descartadas, describirlo como un amante fantástico.

—¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos?

—¿Quién sabe?

Hugh parecía molesto, pero no sabía por qué.

—Espero que nadie pregunte dónde está Calantha.

—Nadie sería tan grosero. Si hablan de nosotros, lo harán a la espalda.

—Sí, supongo que sí. Pero eso es peor.

—Si hablan por detrás, no sabremos lo que dicen. Pero seguramente serán estupideces. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Por orgullo —contestó ella—. No quiero que la gente diga que soy más bajita que tus otras novias o menos guapa.

—No seas tonta, nadie va a decir eso.

Hugh conducía en silencio por las calles de Londres. Seguramente iría pensando en Sonya y en Richard.

Amy iba pensando en él. Era tan difícil no dejarse seducir por aquel hombre… Tan difícil recordar que alguien como Hugh le rompería el corazón…

Media hora después, atravesaban la verja de hierro forjado que daba entrada a la mansión de los Laithwaite.

—No había estado aquí desde que Richard se casó con Sonya.

—Sonya ha hecho algunos arreglos desastrosos en mi opinión. El cuarto de baño de mármol hay que verlo para creerlo.

—¿Y por qué se lo permite Richard?

—Supongo que intuye que su esposa no es feliz… o está loco por ella.

Amy no dijo nada, se limitó a admirar la hermosa mansión de estilo isabelino. Había antorchas iluminando el jardín y el sonido de la música y las conversaciones animaba el ambiente.

Hugh le abrió la puerta y sostuvo su mano.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

Amy no podía apartar los ojos de él, como hipnotizada. Pudo verlo tragar saliva, respirar agitadamente. No había duda. La deseaba. Sólo era algo físico, naturalmente. Pero ella se sintió, de repente, poderosa.

—Tú también —contestó.

—Sé que no quieres estar aquí, pero te lo agradezco.

—No me importa…

—Gracias, Amy —la interrumpió Hugh, rozando sus labios con un dedo.

—De nada.

—¿Nos vamos?

—Sí. Empieza la operación «Engañar a Sonya». Me siento como un agente especial.

A pesar de su determinación, Amy tropezó en las piedrecitas del

camino y lanzó un grito.
—¿Te has hecho daño?
—No, pero esto de ser elegante es más complicado de lo que pensaba.
Riendo, Hugh la tomó en brazos.
—¿Qué haces?
—Echarte una mano.
—¡Suéltame! La gente está mirando.
—¿Qué más da?
—No quiero que me sueltes de golpe.
—No pienso hacerlo, tonta. Además, no pesas nada.
Amy le echó los brazos al cuello y tuvo la impresión de que le había besado el pelo. Aunque no estaba segura porque había sido un roce muy suave. ¿Por qué habría hecho algo así?
Cuando llegaron a la casa, Hugh la dejó suavemente en el suelo.
—Ya estás a salvo.
—Gracias —Amy no se atrevía a mirarlo.
—¡Amy! —Richard Laithwaite se acercaba a ellos, con los brazos abiertos—. Estás guapísima.
—Gracias. Tú también.
—¿Cómo estás, Hugh?
—Estupendamente.
En ese momento, apareció Sonya. Llevaba el pelo suelto y un vestido de seda rojo con un escote de escándalo.
—Sonya, ¿te acuerdas de mi ahijada?
Ella sonrió.
—Claro que sí, Amelia Mitchell. Aunque debo decir que no te pareces a la fotografía que Richie tiene en su estudio.
—Entonces era una niña —explicó Richard.
—Y ahora es una mujer… muy guapa. El vestido es precioso, por cierto. Tienes que decirme dónde lo has comprado —sonrió Sonya, volviéndose hacia Hugh—. Hola, Hugh, encantada de volver a verte. Hace siglos que no coincidíamos.
Amy observó a Sonya acercándose para darle un beso. Se acercaba demasiado, exageradamente.
—Vaya, te he dejado la marca de los labios. Tu pequeña Amy nunca me perdonará —sonrió volviéndose para tomar el brazo de su marido—: ¿No crees que hacen una pareja estupenda?
Richard miró de uno a otro.
—¿Una pareja? ¿Amy y Hugh?

Él se metió las manos en los bolsillos.

—Me ha costado mucho, no creas.

—¡Por eso te está ayudando en la oficina! ¿Y qué dice Seb de esto? —exclamó Richard. Entonces se llevó una mano al pecho, haciendo un gesto de dolor.

—¿Qué pasa, Richard?

—Nada, estoy bien. Es una pequeña indigestión, nada más.

—¿Seguro?

—Seguro. Tomo suficientes pastillas como para saber que no es nada más.

—Pero…

—No es nada, en serio. Venga, disfrutad de la fiesta.

—Voy a saludar a los demás invitados, cariño —sonrió Sonya—. Tú quédate por aquí, sentado. Hasta luego, chicos.

Amy se quedó perpleja. ¿Cómo podía dejarlo así?

—Sonya ha trabajado mucho para que esta fiesta fuera un éxito —intentó disculparla su marido.

—Y lo será —sonrió Hugh, tomando a Amy por la cintura.

—Sí, claro.

—¿Seguro que estás bien? —insistió ella.

—Perfectamente.

Se alejaron mientras Richard saludaba a la pareja que llegaba tras ellos, pero Amy iba sacudiendo la cabeza, incrédula.

—¿Cómo puede hacerle eso?

—Calla —dijo él, apretando su mano.

Amy miró por encima del hombro a Richard, que estaba charlando alegremente con la pareja, como si no hubiera pasado nada.

—No está bien. Aunque quiera disimular, parece cansado.

—No está bien y Sonya lo sabe.

—El lunes estaba mejor…

Entraron en un salón donde tocaba una orquesta. Había varias parejas bailando y Amy sentía los ojos de la gente clavados en ella.

—¿Quieres que salgamos al jardín?

—No. Vamos a bailar —contestó Hugh.

¿Bailar? ¿Quedarse en aquel sitio, con la gente murmurando sobre ellos?

Hugh la tomó por la cintura y Amy se quedó parada, casi sin respirar, hasta que él la obligó a moverse. Nunca habría pensado que bailar pudiera ser tan erótico, pero lo era. Podía sentir cada

línea de su cuerpo y le gustaba tanto que le daba miedo. Tenía la sensación de que estaba en casa, de que con Hugh había encontrado un sitio seguro.

Pero no lo era.

¿Era eso lo que su madre sintió por su padre? La sensación de inevitabilidad, de ser empujada hacia otra persona sin que pudiera evitarlo. Era como si toda su vida la hubiera llevado hacia aquel momento.

Si Greg le había hecho daño, ¿qué podría hacerle Hugh, un hombre del que estaba enamorada? ¿Enamorada?

Amy cerró los ojos y respiró el suave aroma de su *aftershave*. Enamorada. ¿Cómo podía pasarle aquello? Reconocía el peligro y había estado en guardia…

No era posible. No podía estar enamorada de un hombre que una vez le había dicho: «Hay tantas mujeres y tan poco tiempo…»

Pero no era ése el hombre del que se había enamorado. Amaba al hombre que la escuchaba atentamente, el que le pedía opinión, al que le importaba tanto su mentor como para organizar aquella charada. El hombre que visitaba a su madre casi todos los fines de semana aunque lo sacaba de quicio, el que seguía sufriendo por el rechazo de su padre.

El hombre al que entendía.

Hugh era muchas cosas buenas y malas. Ella las conocía todas porque llevaba años observándolo. Desde que era una niña, Hugh Balfour la había fascinado. Sabía los nombres de todas sus novias porque le importaba, lo regañaba y le tomaba el pelo por la misma razón.

Lo amaba. Siempre lo había amado.

Como respirar, siempre sería parte de su vida.

Siempre lo querría. Y no podía hacer nada.

Y si lo quería, podía tenerlo.

Por un día, quizá. Unas semanas.

Ninguna mujer había conseguido retener su atención más tiempo. Se cansaría de ella. No querría hacerle daño, pero sería inevitable. Cuando llegase el momento, cuando encontrase una mujer más fascinante que ella, la dejaría.

Lo sabía. La historia se repetiría, pero esta vez sería ella quien se quedara en la cocina, llorando, esperando absurdamente que volviera.

Y tenía que decidir si quería pagar un precio tan alto.

—Nos ha creído, ¿verdad?

—¿Richard? Sí, claro que sí. ¿Por qué no iba a creernos?

—Porque nunca has demostrado el menor interés por mí —contestó Amy. Sólo ahora, con un vestido precioso y un elegante corte de pelo llamaba su atención. Antes se confundía con la pared.

—Si lo hubiera hecho, Seb me habría matado.

—Eso no te habría detenido… si hubieras querido hacerlo.

Hugh apretó su mano.

—Pero tú estabas escondida.

—No es verdad.

—Yo creo que sí. Por alguna razón, no querías que nadie viera los ojos tan bonitos que tienes. Hacías todo lo posible por pasar desapercibida.

—Pero…

—Nunca crees los piropos que te dicen —insistió Hugh, apartando el pelo de su cara—. ¿Por qué eres tan negativa contigo misma?

—Pues… no lo sé.

Hugh la sintió temblar. Sus ojos eran de un marrón profundo, con puntitos dorados, y parecían vulnerables, heridos. Habría querido saber por qué, habría querido…

Quería besarla. Eso era lo que deseaba. Lenta, muy lentamente, inclinó la cabeza.

El primer beso fue tentativo, pero sintió la respuesta en el temblor de su cuerpo.

—Eres preciosa —murmuró, besándola de nuevo. Amy lo dejó hacer sin protestar, apoyándose en su pecho. Pero, de repente, se apartó.

—No sé qué quieres probar con esto, excepto que besas muy bien.

—¿Qué?

—Que besas muy bien. Supongo que es por la práctica.

—Amy…

—Calla, te van a oír. Has estado muy convincente —lo interrumpió ella, soltando su mano—. Vamos al jardín.

Hugh no recordaba que aquello le hubiera pasado antes. Lo confundía. Amy Mitchell lo confundía.

Había cambiado y no era sólo la ropa. Aunque ese vestido era increíble. La seda de color caramelo hacía brillar su piel… y la falda parecía flotar alrededor de sus piernas. Estaba muy *sexy*. Pero no

era sólo la ropa. Era ella. Hugh habría querido quitarle el vestido y explorar lo que había debajo. Habría querido…

Le gustaba mucho y si seguía adelante acabaría haciéndole daño.

Amy se detuvo en la puerta que daba a la terraza y se volvió para mirarlo. Su expresión era una mezcla de comprensión y burla. Quizá podía leer sus pensamientos. ¿Eso era bueno o malo?, se preguntó.

—No veo a Sonya. Ha desaparecido. Pero veo a gente de la oficina. Adrián Dunn está apoyado en esa columna y creo reconocer al hombre que está con él.

—Peter Wray —dijo Hugh.

De repente, Amy se sobresaltó al ver a un chico de pelo rubio.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hugh.

—Quién me pasa —murmuró ella.

Gregory cruzó la terraza, con una sonrisa en los labios.

—¿Amy, eres tú? No te había reconocido.

—Hola, Greg. Hugh, te presento a Gregory Hinchman. Os conocisteis en Navidad.

—Ah, sí, ya me acuerdo —murmuró él, tomándola posesivamente por la cintura.

Greg la miraba, estupefacto.

—¿Ahora vives en Londres?

—Sí, en Putney. ¿Y tú?

—También.

—Pensé que estabas en Henley.

Hugh acariciaba su nunca y Amy tuvo que hacer un esfuerzo para no cerrar los ojos.

—Ya no.

—Ah.

Parecía mucho más pequeño, más joven, con menos presencia. Era increíble que aquel chico le hubiera hecho tanto daño.

Greg se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Dónde trabajas?

Amy vaciló. La verdad no sería muy impresionante.

—Amy no buscará un trabajo permanente hasta que volvamos de Estados Unidos el mes que viene —contestó Hugh por ella.

Greg se quedó boquiabierto. Era un momento para recordar. Y las caricias de Hugh, también.

—No tengo prisa.

—Ah, ya. ¿A qué parte de Estados Unidos vais?

—Houston —contestó Hugh.

—¿Sois novios? —preguntó Greg entonces.

—Sí. Richard tiene nuestra dirección, por si quieres ponerte en contacto.

El rostro de Greg era la viva imagen de la humillación y la sorpresa. Y Amy tuvo que disimular una risita.

—Bueno, tenemos que irnos.

—Sí, sí, claro.

Hugh tomó su mano para bajar los escalones que llevaban al jardín y Amy soltó una carcajada.

—Qué cara ha puesto.

—¿Cómo pudiste salir con ese…

—¡No lo digas!

—No puedo creer que ese idiota te hiciera daño. Es peor de lo que recordaba.

—¿Se me ha corrido el rimel?

—No —contestó Hugh—. Sigues estando preciosa.

Preciosa. Hugh Balfour la veía preciosa. Y, en aquel momento, Amy lo creyó.

No se sentía insignificante, ni la pobre chica a la que Greg había dejado, sino una chica preciosa. Era una sensación maravillosa. Y pensaba disfrutarla aunque sólo fuera una noche. Iba a disfrutar las atenciones de Hugh, las miradas de envidia de las otras mujeres…

—Gracias por decirle a Greg que estamos juntos.

—De nada. Te mereces alguien mejor que él.

—Sí, es verdad —contestó Amy. Y, por primera vez, lo creía también.

Hugh la miraba con los ojos brillantes. Iba a besarla otra vez, estaba segura. Y ella iba a dejar que lo hiciera.

Cerró los ojos al sentir el roce de sus labios. Suaves, tentadores.

Besaba tan bien…, pensó. Cada roce de su lengua le hacía sentir escalofríos.

—Amy —dijo él con voz ronca, acariciando su cuello.

No estaba actuando. Aquello era real. No la amaba, pero por fin se había fijado en ella y la encontraba deseable.

Y ella era tonta. En lugar de salir corriendo en dirección contraria, se quedaba. Estaba dejando que la sedujera, que le hiciese creer que no tenía alternativa.

Capítulo 8

Hugh levantó la cabeza y la apoyó en su frente, suspirando.

—No eres lo que yo esperaba.

Amy sonrió. No tenía nada que decir. Hugh Balfour era, sin embargo, todo lo que ella había esperado.

—¿Hugh? —oyeron la voz de Richard a su lado.

Los dos se volvieron, sorprendidos.

—Dime, Richard.

—El dolor en el pecho ha empeorado. Voy a sentarme un rato en la biblioteca.

Amy miró a Hugh, interrogante. Él sabía más sobre la condición física de su padrino que ella. Y aquello no podía ser una simple indigestión.

—Voy contigo.

—No quiero que os molestéis. ¿Habéis visto a Sonya?

—¿La necesitas?

—Dile que estaré en la biblioteca, por favor. Pero no quiero preocuparla.

—Voy a buscarla ahora mismo. ¿Quieres que Amy vaya contigo a la biblioteca?

—No, estoy bien. Pero avisa a Sonya, por favor —Richard desapareció dentro de la casa, dejando a Hugh y Amy preocupados.

—No debería quedarse solo.

—Desde luego que no. Vamos a buscar a Sonya —murmuró Hugh, tomando su mano.

Era un gesto inocente, pero tan íntimo, tan cariñoso… Amy se sentía ridículamente feliz y tenía que hacer un esfuerzo para borrar una tonta sonrisa de su cara.

—Sé que mi padrino tiene angina de pecho, pero no esperaba verlo tan mal. Pensé que con la medicación…

—Yo tampoco sé mucho, la verdad —la interrumpió Hugh, mirando alrededor—. ¿Dónde estará Sonya?

—¡Hugh!

Los dos se volvieron al oír una voz masculina.

—¡Peter!

—Hace siglos que no te veo. Tres años por lo menos.

—Amy, te presento a Peter Clayton. Peter, ¿has visto a Sonya

Laithwaite por aquí? La está buscando su marido.

—No, no la he visto.

—Si la ves, dile que vaya a la biblioteca. Richard la está esperando.

—Lo haré.

Siguieron buscando entre la gente, pero había tantos invitados que resultaba imposible.

—¿Dónde puede estar?

—No lo sé, pero si no la encontramos, será mejor ir a la biblioteca para ver cómo está.

—¿Qué es ese edificio? —preguntó Amy.

—Es la nueva piscina climatizada.

—¿Quieres que miremos allí?

Hugh se encogió de hombros.

—No hay nadie.

—De todas formas, vamos a mirar.

El recinto de la piscina, al que se accedía a través de una puerta de cristal, estaba en completo silencio. Además, la puerta estaba cerrada.

—No está aquí.

—Espera… creo que he oído algo —dijo Amy.

Los dos se quedaron callados un momento.

Además de la brisa moviendo las hojas de los árboles y la música a lo lejos, se oía algo…

—He oído risas. ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

—Vamos a dar la vuelta. Creo que hay una puerta por el otro lado… —murmuró Hugh, rodeando el edificio—. Sonya, ¿estás ahí?

La puerta estaba abierta, pero cuando encendió la luz no vieron nada.

—Aquí no hay nadie —dijo Amy.

—Si no hubiera nadie, la puerta no estaría abierta.

Se adentraron un poco más en el recinto y…

—¡Sonya!

Amy se quedó atónita al ver a una pareja tumbada en el suelo. El hombre soltó una palabrota mientras se levantaba, sin saber muy bien qué hacer.

—Huy, qué corte —rió Sonya, irónica.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo Hugh, con los dientes apretados—. Richard no se encuentra bien. Está esperándote en la

biblioteca.

Sonya se acercó a la tumbona donde estaba tirado su vestido.

Amy debía admitir que tenía un cuerpo fantástico. Podría haber posado para una de esas revistas de mujeres desnudas si quisiera.

—Voy enseguida.

—Amy y yo iremos a avisarlo.

—Ah, no había visto al ratoncito que tienes detrás.

Hugh prácticamente empujó a Amy hacia la puerta.

—Vámonos. Se dará más prisa si no tiene público.

—¿A esa mujer no la avergüenza nada?

—Lo dudo. Yo creo que el peligro la excita. Me pone enfermo esa mujer.

Estaba realmente furioso y asqueado. Nunca lo había visto así.

—Una pena que Richard no se dé cuenta.

—Tú eres tan diferente, tan encantadora…

Hugh se detuvo y la tomó entre sus brazos, casi con reverencia. Amy, sintiendo el deseo abrumador de consolarlo, le echó los brazos al cuello, sin saber muy bien qué hacer.

—Será mejor que volvamos con Richard —dijo él unos segundos después.

Amy dejó que tomara su mano y caminaron en silencio. El rostro de Hugh era una máscara. Cuando se acercaban a la casa, una mujer vestida de negro se acercó corriendo.

—¿Qué ocurre, Laura?

—Señor Balfour, el señor Laithwaite ha sufrido un ataque…

—¿Dónde? ¿Sigue en la biblioteca?

—Sí.

—¿Has llamado a una ambulancia?

—Hace cinco minutos. El señor Laithwaite se ha puesto algo bajo la lengua… pero no encontramos a la señora Laithwaite por ninguna parte.

—No te preocupes por eso. La señora Laithwaite irá enseguida.

Caminaron a toda prisa hacia la casa. Amy iba nerviosa. No sabía lo que iba a encontrarse y no creía que pudiera hacer nada útil.

En la biblioteca había mucha actividad. Richard estaba sentado en una silla, pálido y con una mano sobre el pecho. Respiraba pesadamente, pero parecía tranquilo.

—¿Quieres que haga algo? —preguntó Amy. Richard intentó sonreír, pero le salió una mueca de dolor.

—Mira a ver si llega la ambulancia, cariño. La verja tiene que estar abierta.

Amy salió corriendo de la biblioteca y avisó al servicio para que abrieran la verja y le indicaran el camino a la ambulancia. Cuando volvía, se encontró con Sonya. No había ninguna preocupación en su rostro, todo lo contrario, parecía irritada, como si la enfermedad de su marido fuera una molestia para ella.

—¿Sigue en la biblioteca?

—Sí, con Hugh.

—Qué emocionante. ¿Por qué está abierta la puerta principal?

—Estamos esperando una ambulancia.

—Ciérrala. Seguro que alguien es capaz de abrir una puerta cuando lleguen.

Amy no la obedeció. Dejó la puerta como estaba e incluso colocó una silla para que no se cerrase. Después, la siguió a la biblioteca. La transformación en el rostro de Sonya fue extraordinaria. Era como si alguien la hubiera tocado con una varita mágica. Se acercó a su marido y le pasó una mano por el pelo.

—La ambulancia llegará enseguida, cariño.

Amy tuvo que contener el deseo de apartar a esa bruja de su padrino. Hugh tenía los labios apretados, pero se apartó para dejarle sitio.

—¿Han abierto la verja?

—Sí…

Richard lanzó entonces una exclamación de dolor.

—¿Hugh?

—Sí, estoy aquí.

—Encárgate de todo, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —murmuró él, apretando su mano.

—Quédate a dormir con Amy.

—Muy bien.

—Lo siento, Hugh. Lo siento mucho.

En ese momento, llegó el médico con dos enfermeros. Amy se apartó y el hombre le hizo un par de preguntas con voz pausada. Hugh se quedó con Richard y fue él quien abrió la puerta para que sacaran a su mentor en una camilla.

Amy permaneció en silencio, intentando no molestar. Unos minutos después, Hugh volvía a la biblioteca.

—¿Ya se ha ido la ambulancia?

—Sí. Sonya ha ido con él. ¿Lista para cumplir con tus

obligaciones como anfitriona?

—¿Qué?

—Richard quiere que siga la fiesta. Hay fuegos artificiales dentro de una hora y tendremos que encargarnos de los invitados que se quedan a dormir.

—¿La fiesta continúa después de lo que ha pasado?

—No sé si la gente querrá irse, pero muchos han venido de otras ciudades. Además, el servicio se encargará de todo, no te preocupes. Ah, Laura —dijo Hugh entonces, al ver a la mujer de negro—, Amy y yo nos quedaremos a dormir. ¿Te importa preparar nuestra habitación?

—Claro que no. ¿El señor Laithwaite…?

—Todo irá bien, tranquila. El médico me ha dicho que saldrá de ésta.

—Ojalá sea verdad.

—Mira, te presento a Amelia Mitchell, la ahijada de Richard. Laura Brundel, su ama de llaves. La contrató poco antes de casarse con Sonya.

—Encantada de conocerla —dijo Amy.

—Lo mismo digo. Prepararé la habitación en la que se alojó la última vez que vino por aquí —suspiró la mujer.

—Gracias —dijo Hugh, ante de que Amy pudiera protestar—. ¿Las demás habitaciones están ya listas?

—Sí, están todas preparadas.

—Estupendo.

A Amy le daba vueltas la cabeza. Una sola habitación. Iban a dormir en la misma habitación. Debería protestar, decirle que eso no podía ser, que no iba a acostarse con él, pero…

Si Hugh se acostaba con ella sería sólo por encontrar consuelo. No la amaba. Aunque le gustaba, de eso estaba segura. Y quizá eso sería suficiente.

Por una noche.

¿Y luego qué?, se preguntó.

Cuando el ama de llaves cerró la puerta, Amy se volvió hacia él.

—¿Por qué no vuelvo a tu casa en taxi? Creo que sería lo mejor.

Hugh suspiró, pasándose una mano por los ojos.

—Si Sonya vuelve esta noche… me habré metido en un buen lío.

—¿Crees que lo haría después de lo que hemos visto en la piscina?

—No conoces a Sonya. Ahora estará furiosa y querrá vengarse.

Si voy a quedarme aquí, necesito que te quedes conmigo.

Amy vaciló, dudando entre el deseo de rendirse y el de sobrevivir. Debería protestar. Decide que no era posible.

—Sólo vamos a compartir habitación.

Ella tragó saliva.

—¿Sólo eso?

Hugh apretó su mano.

—Sólo eso. Si te sientes más cómoda, puedes poner cojines en medio de la cama.

—Pero no he traído pijama —dijo ella, confusa.

No sabía por qué objetaba, si porque la obligaba a dormir en la misma habitación o porque no quería hacer el amor con ella.

¿Estaría equivocada y Hugh no se sentía atraído por ella? Sabía que no podía durar, pero había esperado…

—Vamos, Amy. No es para tanto.

—¿Vas a contarle a la gente que se han llevado a Richard al hospital?

—No.

Cuando salieron a la terraza, Amy pensó que nunca había visto a Hugh tan cansado. En dos ocasiones le pareció que iba a decirle algo, pero al final no lo hizo. Por supuesto, podría no ser nada importante, pero presintió que había querido confiarle algo… y luego decidió no hacerlo.

Era lógico. Richard era más que un jefe para él, había sido su mentor, era casi una figura paterna.

—¡Amelia Mitchell! —oyeron entonces una voz femenina—. No te había visto. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien, gracias —contestó Amy, reconociendo a unos amigos de su padre.

—¿Y Phillip?

—Bien, está muy bien.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó entonces su marido.

—Ella falleció, George —lo regañó su mujer—. ¿No recuerdas que enviamos flores al funeral?

Hugh le pasó un brazo por la cintura.

—Si nos perdonan, tenemos que irnos.

Cuando se alejaban, Amy oyó que alguien decía:

—Debe de ser su nueva novia. Creía que estaba saliendo con una modelo.

—No, era diseñadora.

Él apretó su cintura.

—¿Te preocupa que nos hayan visto unos amigos de tu padre?

—No, era de esperar. ¿Por qué no nos separamos? —sugirió Amy—. Así podremos atender a más gente.

—Muy bien.

—¿Cuándo sabremos algo de Richard?

—Llamaré al hospital dentro de una hora para ver si saben algo.

—Espero que esté bien —murmuró ella, apenada. Hugh se inclinó para besarla en los labios.

—Yo también. ¿Seguro que quieres quedarte sola?

—Sí.

Cuando se alejaba, Amy lo miró, pensativa. Aquel Hugh era un hombre al que apenas reconocía. Allí estaba ocurriendo algo que no lograba entender.

Capítulo 9

Hugh dio un portazo que resonó por todo el pasillo y Amy se volvió, sobresaltada.

—¿Has llamado al hospital?

—Sí. Richard está bien —contestó él—. Así que podemos esperar a Sonya en cualquier momento.

—Ah, ya.

—Todo el mundo está en su habitación y supongo que estamos a salvo hasta mañana —suspiró Hugh, sentándose en la cama—. Será mejor que nos vayamos a dormir.

Amy carraspeó, nerviosa.

—¿Y qué me pongo?

Él levantó la mirada.

—No lo sé. Abre los cajones, seguro que encuentras algo.

Amy hizo lo que sugería, pero no encontró nada más que un saquito de lavanda.

—No hay nada.

—Pues tendrás que dormir en ropa interior. Tranquila, Amy, aunque quisiera hacerte el amor apasionadamente, te aseguro que esta noche no tengo energía.

Ella se sintió como una tonta. Estaba comportándose como una quinceañera, pensó. Hugh era el mejor amigo de su hermano y, además, no iba a pasar nada porque no la veía como una mujer deseable.

Él había tirado su chaqueta sobre un sillón y estaba desabrochando su camisa.

Amy jamás había imaginado que estaría en una habitación con Hugh mientras se desnudaba. Era algo increíblemente íntimo. Había estado con él en la piscina docenas de veces, pero aquello era diferente.

Hugh estaba cansado, pero ella no. Podía imaginar cómo sería pasar las manos por su torso, sentir el suave vello que lo cubría en la palma de las manos. Amy tuvo que cerrar los ojos para eliminar esa imagen.

—Estoy agotado. Qué noche…

Cuando Amy abrió los ojos, estaba bajándose los pantalones. Sólo compartían habitación, se dijo, tragando saliva. La cama era

grande y Hugh se quedaría dormido en cuanto pusiera la cabeza en la almohada.

Pero ella no…

Se sentía absolutamente confusa entre lo que quería y lo que no quería. Nerviosa, se sentó al otro lado de la cama y empezó a quitarse las sandalias. No pasaría nada, se dijo. Él se dormiría y ella también.

Pero ¿y si hablaba en sueños? ¿Y si le decía que lo quería? ¿Y si se echaba encima de él sin darse cuenta?

Y Hugh no sabía lo poquito que llevaba bajo el vestido. No se había molestado en comprar un sujetador a juego. Tenía tan poco que sujetar que le había parecido un gasto tonto. Y en cuanto a las bragas, sólo era un diminuto tanga de encaje. No podía dormir así.

A menos…

—Acabo de tener una idea…

—Si la idea es que yo duerma en el baño, olvídalo —la interrumpió Hugh—. No pienso hacerlo.

—No es eso. Yo puedo dormir bajo las sábanas y tú encima.

—¿Qué?

—Así los dos dormiremos bajo el edredón, pero sin tocarnos.

—¿Lo dices en serio?

—Absolutamente. No llevo nada debajo del vestido.

—¿Y eso importa?

—¡Pues claro que importa!

—Muy bien, como quieras —suspiró Hugh, colocándose las manos en la nuca.

—¡Hugh!

—¿Qué pasa ahora?

—Tengo que desnudarme y no puedo hacerlo si me estás mirando.

—Cerraré los ojos.

—No —dijo Amy—. Tienes que darte la vuelta.

—¿Darme la vuelta? —rió él.

—¿De qué te ríes?

—Estaba pensando en lo diferentes que sois Sonya y tú. Tengo una mujer que considera que dormir conmigo en la misma cama es un destino peor que la muerte y otra que… en fin, que no.

—Date la vuelta.

—Bueno, pero dime cuándo has terminado.

Amy intentó bajar la cremallera del vestido.

—No te vuelvas hasta que yo te lo diga.

Hugh oyó el ruido de la cremallera y se le quitaron las ganas de reír. Y cuando oyó el crujido de los muelles…

—Ya puedes darte la vuelta.

Cuando se volvió, Amy estaba metida en la cama, con la sábana hasta la barbilla.

—Tienes que apagar la luz. No hay interruptores al lado de la cama.

Hugh levantó la mirada. Era cierto. Suspirando, se levantó y apagó la luz. Pero al volver, en la oscuridad, se golpeó la espinilla con algo y soltó una palabrota.

—¿Qué pasa?

—Nada, que me he dado un golpe.

Poco a poco, sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y vio la expresión tensa de Amy cuando se metía en la cama.

—Es un poco incómodo, ¿no? —intentó bromear ella.

—No importa —mintió Hugh.

Nunca se había encontrado en una situación así en la cama con una mujer a la que no podía tocar. Y nunca había estado con una mujer a la que deseara tanto tocar.

Se quedaron en silencio largo rato, hasta que empezó a preguntarse si estaba dormida.

—¿Amy?

—¿Sí?

—Nada. Quería saber si estabas dormida.

—No.

En la semioscuridad, su rostro era precioso, los ojos grandes, la boca tan sensible. Estaba en la cama con Amelia Mitchell, la hermana de Seb… prácticamente desnuda a su lado. Esa idea lo estaba volviendo loco.

—¿Has jugado alguna vez a Verdad o Prenda?

—¿Qué es eso?

—Tienes que contestar sinceramente a una pregunta o pagar una prenda.

—Suena muy arriesgado.

—No más arriesgado que esto —rió Hugh—. Me pregunto qué diría Seb si nos viera ahora mismo.

—Fue idea tuya. Yo podría haberme ido a casa.

Hugh alargó una mano para apartar el pelo de su cara.

—¿Qué hace que una mujer se porte como Sonya? —le

preguntó.

A Amy le resultaba imposible contestar. La sensación de proximidad, el roce de su mano, hablar en voz baja, la oscuridad, todo se unía para dejarla sin habla.

—Richard es un hombre inteligente y, sin embargo, está loco por ella.

—Sí.

—¿Y por qué un hombre se engaña a sí mismo de esa forma?

—No lo sé. ¿Por qué mi padre trató a mi madre como lo hizo? ¿Y por qué tu padre estaba tan resentido contigo? La gente elige mal, supongo. Si lo pensaran dos veces, no lo harían.

—Yo sé por qué.

—¿Eh?

—Sé por qué mi padre estaba resentido conmigo —Hugh sentía un abrumador deseo de contárselo. Su secreto, lo que no le había contado a nadie—. Porque yo no era su hijo —dijo por fin.

Nunca había dicho aquello en voz alta.

—¿Qué?

—No era su hijo.

—¿Y lo sabes seguro? ¿Te lo ha dicho tu madre? —preguntó Amy, asombrada.

—Me lo contó después de que muriera. Pero siempre supe que me odiaba.

—¿Pero entonces quién… quiero decir cómo…?

—De la manera normal, supongo.

—Sí, pero…

La madre de Hugh. Era inconcebible. Moira Balfour no era la clase de mujer a la que uno pudiera imaginar teniendo un amante. No parecía tener interés alguno más allá de su jardín y su hijo.

—Pero tenías diez años cuando tu padre murió. ¿Te lo contó entonces?

—Se lo pregunté yo.

—¿Y qué pensaste?

—Me sentí aliviado —contestó Hugh—. Si no era su hijo, era lógico que me odiase. Fue más tarde, cuando me hice mayor, cuando empezó a dolerme de verdad.

—¿Qué pasó? ¿Lo sabes? —preguntó Amy, mirando sus ojos azules.

—Mi madre conoció a mi padre, por llamarlo de alguna manera, cuando tenía diecisiete años, y se casaron a los dieciocho. Él tenía

once años más —suspiró Hugh—. La adoraba, siempre estuvo loco por ella. Querían tener hijos, pero después de unos años aceptaron que no iban a tenerlos —siguió él, abrazándola de repente—. ¿Te importa?

¿Qué si le importaba? Era lo que deseaba con todas sus fuerzas.

—No, no me importa.

Podía sentir los latidos de su corazón, el aliento masculino en su pelo. Y le gustaba.

—A mi padre le ofrecieron un contrato de seis meses en Hong-Kong. Y cuando estaba allí, mi madre conoció a mi padre, a mi verdadero padre.

—¿Quién era?

Hubo un corto silencio antes de que contestase:

—No me lo ha contado. Pero, por alguna razón, entre los tres decidieron que me criara con mi madre y el hombre que me dio su apellido.

El hombre que lo odiaba, sin embargo. Era terrible.

—¿Tu verdadero padre sabía de tu existencia?

—Sí —contestó Hugh—. Todo fue cuidadosamente preparado. Mi madre se fue a vivir con unos parientes durante unos meses… lo más importante era que no hubiese murmuraciones. Y nadie sospechó nada. Cuando mi padre volvió de Hong-Kong, mi madre volvió a casa y empezamos a jugar a la familia feliz.

—¿Por qué no quiere decirte su nombre ahora?

—No quiere hablar de ello. Fue un momento muy difícil en su vida y prefiere hacer como si nunca hubiera pasado. Quizá incluso ha llegado a creerlo.

—Entonces, ¿no lo sabes… o sí?

—Creo que lo sé.

Amy se sentó de golpe sobre la cama, tapándose con la sábana.

—¿Quién?

—Creo que es Richard.

—¡No!

—Quizá no lo sea. Nadie me lo ha dicho, de modo que son conjeturas.

—Pero…

—Es lo más lógico, ¿no crees? Y creo que Sonya lo sabe también. O, al menos, sospecha algo.

Era posible, pensó Amy. ¿Y Sonya? ¿Por qué querría Sonya acostarse con el hijo de su marido?

—Si tengo razón, quiere utilizarme. Aunque no me lo ha dicho, creo que Richard me ha nombrado heredero en su testamento y, como Sonya se ha casado con él por el dinero…

—¿Le has preguntado?

Hugh negó con la cabeza.

Ahora entendía muchas cosas, pensó Amy. Su desesperación, su angustia. Si Richard hubiera muerto esa noche, Hugh no habría podido hablar con su padre. Si Richard era su padre.

—Tienes que preguntarle. O a tu madre. Tienes que saberlo.

—Duérmete, Amy —murmuró él, besando su pelo. Amy se quedó callada, escuchando los latidos de su corazón, sabiendo que, probablemente, nunca se sentiría más cerca de otro ser humano.

Y le dolía por él. Imaginaba a Hugh de pequeño, confuso, sin saber con quién hablar. Crecer sabiendo que le habían mentido las personas en las que debería haber podido confiar.

Amy apoyó una mano en su pecho. Era comprensible que hubiera decidido mantener relaciones esporádicas con las mujeres, que no quisiera verdadera intimidad con nadie. Que no confiase en nadie.

Eso la puso enferma.

Intentando no turbar su sueño, se acercó para besarlo suavemente. Y le pareció un adiós.

Amy despertó la primera, con el brazo de Hugh sobre su cuerpo. Cálido, consolador, excitante. Le dolía desearlo tanto.

En sus sueños, lo despertaba con un beso. Tomaba su cara entre las manos y le daba un beso en los labios, viendo cómo sus ojos se oscurecían de deseo. Y entonces él la tomaba entre sus brazos y le decía que la amaba.

En sus sueños.

Eso no iba a pasar nunca. La realidad era completamente diferente. No la amaba. No amaba a nadie. Era como si se hubiera cerrado al amor. Quería controlar sus emociones para que nadie le hiciera daño y era comprensible.

Pero también era un error porque eso significaba que siempre estaría solo.

La gente entraría y saldría de su vida y, durante unos años, no sería un problema. Las mujeres se meterían en la cama con él, tendría amigos… pero siempre estaría solo.

Quizá eso no lo preocupaba. Al fin y al cabo, había estado solo toda su vida. Tendría que encontrar a alguien muy especial para

que pudiera confiarle sus emociones, para que pudiera abrirle su corazón.

Si lo besara, podría ver que sus ojos se oscurecían de deseo, pero eso no significaría nada. Incluso podría ser su novia durante un tiempo. Pero tampoco significaría nada.

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas. Sería terrible ser su amante y saber que no la quería. Ella no era el tipo de mujer que podía vivir el momento sin pensar en el futuro. Lo quería todo. Quería el cuento de hadas y el final feliz.

La noche anterior habría hecho el amor con Hugh porque no habría sido capaz de resistirse. Ahora, a la luz del día, reconocía que eso habría sido un tremendo error.

Era la hermana de su mejor amigo, se recordó a sí misma. Hugh no querría hacerle daño, pero se lo haría sin remedio. Quizá incluso lamentaría haberle contado su secreto.

Sin dejar de mirarlo, intentando grabar en su memoria su rostro dormido, Amy le pasó una mano por la cara.

Hugh se movió, en sueños, y ella la apartó enseguida. ¿Qué estaba haciendo? Nerviosa, saltó de la cama, tomó el vestido y corrió al cuarto de baño.

Si hubiera abierto los ojos… habría descubierto que lo amaba, lo habría visto en su cara.

Amy abrió el grifo de la ducha. Era hora de tomar decisiones. Primero, necesitaba encontrar un trabajo. Cualquier trabajo. Luego, un apartamento. Tenía que vender la casa de su madre. Ésas eran cosas que debería haber hecho meses antes.

Y, sobre todo, tenía que olvidarse de Hugh. De alguna forma, él siempre había sido un factor importante en su vida. Quizá era la razón por la que no había vendido la casa de Henley.

—¿Amy? —la llamó Hugh desde la habitación.

—Salgo enseguida.

—No hace falta, voy a usar el baño del pasillo.

Cuando salió de la ducha, se sintió rara al ponerse el vestido. Por la noche, se sentía elegante con él. Por la mañana, se sentía un poco absurda.

Una rápida mirada al espejo le recordó que no se había quitado el maquillaje, pero tampoco podía hacer nada. Suspirando, sacó del armarito un tubo de pasta de dientes y se los frotó con un dedo.

Y aún tenía que ponerse las sandalias de tacón.

—¿Lista para el desayuno? —preguntó Hugh, entrando en la

habitación—. Laura lo tiene todo controlado.

Ya estaba vestido. No era justo que una persona estuviera tan fantástica a esas horas de la mañana. Llevaba dos botones de la camisa desabrochados y el vello de su torso asomaba, seductor… Amy tuvo que apartar la mirada.

—¿Has llamado al hospital?

—Sí, acabo de llamar. Richard ha pasado bien la noche.

—Me alegro.

—Sí, yo también.

Parecían incómodos el uno con el otro. ¿Lamentaría haberle contado su secreto?, se preguntó. Para ser un hombre que evitaba las intimidades, había compartido con ella algo muy importante de su vida.

Amy quería decirle que podía confiar en ella, que nunca lo traicionaría, pero no se atrevió.

—¿Sonya se ha despertado?

—Aún no —contestó Hugh—. En cuanto se vaya al hospital, llamaré a un taxi para que te lleve a casa.

Ella lo miró, sorprendida. Quería que se fuera. Eso no debería sorprenderla, pero…

—¿Y tú, vas a quedarte?

—Iré a casa cuando se hayan marchado todos los invitados.

—Podría quedarme…

—No hace falta.

—No, supongo que no.

—Amy —la detuvo Hugh, tomándola del brazo.

—¿Sí?

—Gracias por lo de anoche.

—Cualquiera que te oiga…

—Sí, lo sé, tu reputación quedaría por los suelos. Otra novia de Hugh Balfour —la interrumpió él—. No se lo había contado a nadie. Gracias por escucharme.

Los ojos de Amy se llenaron de lágrimas y, sin poder evitarlo, levantó una mano para acariciar su cara.

—De nada. Gracias por contármelo.

El comedor tenía una puerta que daba a la terraza. Era una habitación muy bonita, pero quizá un poco recargada. «Idea de Sonya, claro», pensó Amy.

—Podríamos desayunar fuera, ¿te apetece?

—Sí, muy bien…

Sonya apareció en ese momento, perfectamente vestida y maquillada.

—Qué temprano os habéis levantado. Ah, no sabía que había que arreglarse para desayunar —comentó, mirando el vestido de Amy.

Debía reconocer que era una mujer guapísima, pero su expresión era fría, dura. Se preguntó entonces si Hugh tendría razón, si sospechaba que era hijo de Richard.

—He llamado al hospital —dijo él.

—Si hubiera algún problema, me habrían llamado —se encogió Sonya de hombros.

¿Cómo podía ser tan cruel?, se preguntó Amy.

—Ha pasado bien la noche —siguió Hugh, como si no la hubiera oído—. Les he dicho que irías enseguida.

—Naturalmente.

—Debes de estar preocupada —observó Amy.

—Sobreviviré —contestó Sonya, tomando un trozo de piña.

Su comportamiento era intolerable. Ni siquiera se molestaba en disimular.

—Richard es mayor y está enfermo —le recordó Hugh—. Si le haces algo…

—¿Qué harás? No te creería, Hugh. Cuéntale lo que quieras.

—Puede que te sorprendieras…

—Hugh —lo interrumpió Amy al oír pasos en el comedor—. Creo que los invitados han empezado a levantarse.

Efectivamente, el coronel Lewis y su esposa salían a desayunar.

—Buenos días.

—Sonya, querida, ¿cómo está Richard?

Milagrosamente, los ojos de la pelirroja se llenaron de lágrimas.

—Está bien, pero debo ir al hospital. Espero que lo entendáis.

—Por supuesto, por supuesto.

Era una interpretación digna de un Oscar, desde luego. Amy se volvió hacia Hugh, incrédula. Pero él no parecía sorprendido.

—Hugh y Amy se encargarán de todo. Yo debo ir con mi marido —suspiró Sonya, levantándose.

—Pobre chica —murmuró la señora Lewis.

Los invitados estaban muy preocupados por Richard y no pensaban quedarse después del desayuno, pero hasta entonces había que atenderlos.

—He pedido un taxi para las diez y media —le dijo Hugh poco

después.

—Pero Sonya…

—Ya se ha ido. No sé si irá directamente al hospital o no, pero se ha ido.

—Puedo quedarme si quieres.

—No hace falta. Los invitados se irán enseguida.

No había razón para que se quedara. Amy miró su reloj. Sólo quedaban dos minutos para las diez y media, de modo que tomó su bolso y se levantó. Hugh estaba hablando con Radwell-Petersons sobre un tema de irrigación y siguió haciéndolo mientras ella se despedía de los demás.

Para él, sólo era una invitada. Tenía otras cosas en la cabeza.

La entrada de la casa estaba completamente desierta. Amy miró por encima del hombro para ver si Hugh la había seguido, pero no era así.

El viaje hasta Londres fue rápido y triste. El verde del campo desapareció para dejar sitio al gris de la ciudad y ese color coincidía con su estado de ánimo.

—Ya hemos llegado —dijo el taxista, frente a la casa de Hugh.

—Tengo que entrar para buscar dinero…

—No hace falta. Ya está pagado.

—Ah, gracias.

Torpemente, Amy bajó del taxi y se quedó mirando la casa. No sabía lo que habría pensado el taxista al verla con aquel vestido de noche, pero le daba igual. Daría cualquier cosa por estar con Hugh, por saber de Richard. Suspirando, abrió la puerta, intentando no dejarse hundir por el abrumador silencio.

Era el principio de un día muy largo. Miraba el reloj cada cinco minutos, preguntándose qué estaría pasando. A la hora del almuerzo se hizo una ensalada y la comió a solas, en el jardín. No hubo noticias de Hugh, ni una llamada.

Si la llamara por teléfono, si le enviara un mensaje…

El reloj parecía haberse detenido y le dieron ganas de llorar, aunque no sabía bien por qué. Por todo y por nada, quizá.

Por la tarde, le dolía la cabeza. Y seguía sin tener noticias de Hugh. Se tumbó en el sofá y cerró los ojos para ver si se le pasaba el dolor…

Despertó de repente, al oír un ruido en la cocina.

—¿Hugh?

—No, cariño —contestó Moira, su madre—. Estabas tan dormida

que no he querido despertarte. ¿Quieres una taza de té?

Parecía una pregunta tan incongruente que Amy casi soltó una carcajada. Moira Balfour estaba en la cocina y le ofrecía un té, como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Sabes algo de tu hijo?

—Hablé con él esta mañana, pero no he vuelto a saber nada —contestó Moira—. Menos mal que he traído mi propio té, Hugh no tiene. A su padre no le gustaba el té en bolsitas, decía que eran restos del suelo.

Amy habría querido protestar, habría querido decir que Balfour no era el padre de Hugh, romper la fachada de perfección de Moira. Pero no tenía derecho a hacer eso.

—Pareces cansada.

—Lo estoy.

—Pobre Richard —suspiró Moira—. La angina de pecho es más grave de lo que yo pensaba.

Cenaron pasta con salsa de tomate y jugaron al *Scrabble*, un juego al que Amy ganaba siempre. Así habían pasado tardes interminables, cuando su madre estaba enferma.

Moira había sido un gran apoyo para ella entonces, un hombro sobre el que llorar. Y cuando su madre empeoró, fue la única que estuvo a su lado.

No debía olvidar eso. Hugh estaba enfadado con su madre, pero no había duda de que ella lo quería mucho. Y de que era una buena persona.

—Me voy a la cama —dijo Amy cuando dieron las once—. Si llama Hugh, despiértame.

—Debería haber llamado… —en ese momento oyeron una llave en la cerradura—. ¡Por fin!

Hugh entró en el salón. Estaba pálido.

—¿Qué ha pasado?

—Richard está bien. Bueno, está fuera de peligro —contestó él, pasándose una mano por el pelo—. Pero tienen que hacerle un *bypass* —añadió, dejándose caer en el sofá—. Ha sido un día muy largo.

Para Amy había sido interminable.

—¿Quieres beber algo?

—*Brandy*. Una copa de *brandy*, por favor.

—¿Y tú, Moira?

—¿Tienes jerez, cariño?

—Lo dudo.

—Entonces, una copa de vino.

Amy entró en la cocina y apoyó la cabeza en uno de los armarios, respirando profundamente para calmarse. Luego buscó el *brandy* y encontró, además, una botella de jerez. A saber cuánto tiempo llevaba allí, pensó, sirviendo las copas.

Hugh no se había movido cuando volvió al salón. No sabía si permanecía con los ojos cerrados por cansancio o porque no quería hablar con su madre. Ella estaba guardando el *Scrabble*, en silencio.

—Si no os importa, me voy a la cama —dijo Amy.

—Ah, has encontrado una botella de jerez —sonrió Moira—. Qué bien.

—Gracias —dijo Hugh, tomando su copa.

Tenía tantas cosas que preguntarle… pero no podía hacerlo.

—Hasta mañana. Buenas noches.

Hugh no contestó, pero Amy sintió los ojos azules clavados en su espalda.

Capítulo 10

—Hugh se ha ido —le dijo Moira por la mañana—. Ha dicho que intentará pasarse por la oficina más tarde.

—¿A qué hora se ha ido? —preguntó Amy, mientras se servía un café.

—Hace diez minutos. Quería llegar temprano al hospital.

—Ah.

Debía de haberla oído moviéndose por la habitación y decidió marcharse para no tener que hablar con ella.

No, estaba siendo una tonta. En un momento como aquél, Hugh seguramente no habría pensado en ella.

—Yo también quiero ver a Richard —suspiró Moira—. Hugh ha dicho que me llamará para decirme cuándo debo ir.

—Dale un beso de mi parte, por favor.

—Claro.

Amy tomó un sorbo de café. Por la actitud de Moira Balfour, nadie podría decir que aquél no era un día normal, nada que indicase que Richard Laithwaite había sido su amante, el padre de su hijo.

De repente, Amy quería dejar de pensar, quería escapar de todas aquellas preguntas. No podía seguir sentada mientras Moira se ponía mantequilla en la tostada. ¿Cómo había podido vivir Hugh tantos años sin saber algo tan importante?

—Será mejor que me vaya a trabajar.

—Pero tienes que desayunar…

—No, tomaré algo por el camino —la interrumpió.

Amy, tomando el bolso. Tuvo que esperar el autobús casi media hora, pero cuando llegó a Harper-Laithwaite apenas había llegado nadie.

Encendió el ordenador, comprobó el correo electrónico y colocó los periódicos. Era raro estar allí sin Hugh… entonces se abrió la puerta del despacho y Amy levantó la cabeza, asustada. No podía ser Hugh…

—¡Bárbara! ¿Qué haces aquí?

—Hola, siento haberte asustado. La secretaria del señor Laithwaite me llamó ayer para contarme que lo habían llevado al hospital y decidí venir lo antes posible.

—Ah.
—Si quieres que te diga la verdad, casi me alegro de haber acortado mis vacaciones. Cuatro mujeres en una cocina es un infierno, te lo aseguro. Ah, por cierto, Hugh tiene un mensaje de la señorita Rainford-Smythe.
—¿Ah, sí?
—Dos, en realidad. Uno llegó el viernes… dice que llegará hoy a Heathrow a las cuatro y que verá a Hugh esta noche.
Esas palabras fueron como un jarro de agua fría. Calantha había vuelto.
Amy se volvió para que Bárbara no viera su expresión. Le habría gustado gritar que no estaba lista para desaparecer de la vida de Hugh, pero tenía que acostumbrarse a la fría realidad.
Era hora de marcharse.
Había llamado a su madre, a Calantha… Aparentemente, la única persona con la que no hablaba era ella.
Pero nada había cambiado. No era culpa de Hugh; aquello era lo que había esperado desde el principio.
Con Bárbara allí, no tenía sentido que se quedara en la oficina, pensó.
—Lo he guardado todo en un CD aparte. Está ahí, sobre tu mesa.
No quería estar allí cuando llegara Hugh. Era una cobardía, pero no quería saber por qué había vuelto con Calantha. Lo entendía, pero no quería oírlo.
—¿Éste? —preguntó Bárbara.
—Sí.
En ese momento, sonó el teléfono.
—¿Te importa contestar, Amy?
—Harper-Laithwaite, dígame.
—Has llegado muy temprano.
Hugh. Se le puso el corazón en la garganta y le costaba trabajo hablar.
—¿Cómo está Richard?
—Durmiendo.
—¿Has podido hablar con él?
—Le cuesta trabajo hablar —contestó Hugh—. Pero… sé que mis sospechas eran ciertas.
—Ah.
De modo que Richard era su padre.
—Eso está bien, ¿no?

—No puede hablar mucho por el momento.

—No, supongo que no.

Oír su voz la llenaba de angustia. Lo amaba tanto… Saber que Richard Laithwaite era su padre significaba que tendría que revisar muchas cosas de su vida. Ojalá pudiera ayudarlo.

—¿Has tenido tiempo de comprobar los mensajes?

—Sí —contestó Amy, tragando saliva. Calantha. Tenía que hablarle de Calantha, pero no podía hacerlo—. Ha vuelto Bárbara, te la paso.

Sin esperar respuesta, le pasó el teléfono a su secretaria y se apartó un poco. Bárbara le habló de sus vacaciones, le preguntó por el estado de Richard… pronto le daría el mensaje de Calantha, se dijo.

—Voy a hacer café —le dijo en voz baja.

Escapó a la cocina para no oírlo y, allí, tuvo que secarse una lágrima. Sabía que estaba portándose como una tonta, pero tenía que irse. No quería que Hugh supiera cuánto lo amaba. Lo vería en Navidad, en casa de su madre y lo trataría como lo había tratado siempre. Seguirían siendo amigos. Pero sólo ella sabría cuánto le estaba costando.

Y con el tiempo, lo olvidaría. ¿O no?

—Deberíamos haber hecho esto hace meses —suspiró Seb—. No sé por qué hemos esperado tanto.

Amy sí lo sabía, pensó mientras veía al hombre colocar el cartel de «Se vende». Aquel sitio tenía tantos recuerdos para ella… recuerdos que pronto desaparecerían.

—No puedo creer que vayamos a venderla.

—¿Lo lamentas?

—Sí. ¿Y tú?

—Nunca fue tanto mi hogar como el tuyo —sonrió su hermano.

—No, es verdad.

—Pero es un buen momento para hacerlo. Ninguno de los dos piensa estar aquí en los próximos meses, ¿no?

—No.

—Y Luke no pensaba vivir aquí.

—No te preocupes, no voy a echarme atrás —lo tranquilizó Amy, tocando la costura del pantalón de lino. Su vida estaba en Londres ahora. Tenía una nueva imagen, un trabajo, un apartamento—. ¿Por qué me miras con esa cara?

—¿Te he dicho que Hugh ha vuelto a llamar?

—No.

—No le has devuelto ninguna llamada. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Nada —contestó ella—. Es que estoy muy liada. Lo llamaré dentro de unos días.

—Si tú lo dices…

Algún día tendría que encontrar valor para llamarlo. Pero todavía no. Le habría gustado preguntarle a su hermano si seguía saliendo con Calantha, pero no se atrevía a hacerlo.

Cuando entraron en la casa, Amy descubrió que olía a cerrado. Nunca había olido así cuando su madre vivía porque ella siempre tenía flores por todas partes. Ese olor a cerrado le dijo que era el final de una etapa, hora de seguir adelante.

—Hay que sacar las cosas de mamá —dijo Seb.

Amy asintió. Temía aquel momento. Durante los últimos años, había echado mano de cualquier excusa para no vender la casa, para no tener que librarse de las cosas de su madre. De sus vestidos que seguían en el armario, de sus libros, de los platos de porcelana que a ella le gustaban tanto pero ninguno de sus hijos quería. La idea de vendérselos a un extraño era espantosa.

Pero tenían que hacerlo, no podían dejar sus cosas allí. Tenía que hacerlo como tuvo que alejarse de Hugh, se dijo. Aunque seguía pensando en él cada mañana al despertar, cada noche cuando se iba a la cama…

—Yo voy a llevar la vieja bicicleta al basurero —dijo Seb entonces—. Vuelvo enseguida.

Amy subió a la habitación de su madre y abrió el armario. Allí estaban sus jerséis, tal y como ella los había dejado, los saquitos de lavanda que todavía olían un poco…

No quería llorar, se había prometido a sí misma que no iba a llorar, pero…

Entonces oyó pasos en la escalera.

—No sé si puedo hacerlo, Seb.

—No me sorprende —contestó una voz que no era la de su hermano.

—¡Hugh! —Amy se volvió, sorprendida, sin atreverse a respirar —. ¿Qué haces aquí?

Él no contestó enseguida.

—¿Puedo ayudarte? —dijo por fin.

El corazón de Amy latía a toda velocidad. No lo había visto en

dos semanas y parecía cansado.

—Seb está en el garaje, creo.

—No, no está.

—Ah. ¿Cómo está Richard?

—Recuperándose.

—Me alegro.

—¿Estás vaciando el armario?

—Eso pensaba hacer, pero… hay que sacar todo esto ahora que vamos a vender la casa.

—Ya —murmuró Hugh, mirándola a los ojos.

—¿Seb te ha contado que tengo trabajo?

—Y que tienes un apartamento, sí.

—Seb me ha prestado el dinero de la fianza. Probablemente porque estaba harto de verme en el sofá de su casa —intentó bromear Amy.

—Entonces, ¿las cosas te van bien?

Aquello era tan difícil… Amy quería preguntarle por Calantha, pero sobre todo quería abrazarlo, besarlo… y tenía que conformarse con colocar las blusas de su madre en una caja.

—¿Tienes que hacer esto ahora? —preguntó Hugh.

—Seb…

—A él no le importará. Tengo que hablar contigo.

Amy lo miró. Estaba diferente, menos seguro de sí mismo.

—¿Has hablado con Richard?

—Sí.

—¿Y?

Hugh tomó su mano.

—Ven a dar un paseo conmigo.

—Pero es que tengo cosas que hacer…

—Por favor, Amy.

—Muy bien, de acuerdo —asintió ella. Como siempre, incapaz de resistirse—. ¿Quieres que salgamos al jardín?

Hugh asintió con la cabeza. Estaba inusualmente callado, inusualmente tenso.

—Si no vendemos la casa enseguida, supongo que deberíamos recoger las manzanas. Es una pena que se pierdan.

—Amy.

—Mi madre hacía una mermelada estupenda…

—¿Por qué no me esperaste? —preguntó Hugh.

—¿Para qué? Bárbara había vuelto.

—Pero podrías haberme esperado.

«Sí, podría haberte esperado». Si no lo amase tanto, podría haberlo esperado.

—Tenías cosas que hacer. Calantha volvía a Londres…

Él parecía estar buscando la forma de decirle algo.

—Richard fue al colegio con mi madre.

—Lo sé.

En realidad, era un halago que quisiera contarle el final de la historia.

—Cuando volvieron a verse, ocho años después, tuvieron un romance. Todo fue muy inocente, eran tan jóvenes…pero la familia de mi madre quería un hombre con más dinero, alguien que pudiera darle seguridad.

Amy no se atrevía a moverse. Observaba las emociones en el rostro de Hugh, en sus ojos. Veía su desesperación por entender, por perdonar.

¿Habría encontrado la paz?

—De modo que se casó con John Balfour y Richard se lanzó de cabeza al trabajo. Y entonces, un día, levantó la mirada y descubrió que estaba solo. Había querido probarle al mundo entero que podía tener éxito en la vida y cuando por fin lo consiguió, no podía compartirlo con nadie.

—Es muy triste…

—Compró una casa aquí, en Henley. Mi madre estaba sola entonces porque su marido estaba en Hong-Kong.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Amy.

—Lo he intentado —suspiró Hugh—. Pero dice que no estuvo bien, que no volvería a hacerlo. Supongo que se sentía sola… en fin, tuvieron un romance y el resultado soy yo.

—¿Richard siempre supo que eras su hijo?

—Siempre —contestó él—. Y también sabía que mi madre no dejaría a John. La habían educado para creer en el matrimonio, de modo que no había ninguna posibilidad para ellos.

Amy pensó en Moira, siempre tan preocupada por lo que dijeran los demás, tan segura de que había una forma correcta de hacer las cosas y una forma incorrecta.

—Y John no quiso dejar a mi madre —siguió Hugh—. Mientras nadie supiera que el hijo no era suyo, claro.

Amy sintió pena por John Balfour, tan enamorado de su esposa que incluso aceptó al hijo de otro hombre. Aunque ese hijo siempre

sería el recordatorio de que su esposa le había sido infiel.

—¿Te ha ayudado saber la verdad?

—Me alegro de tener a Richard. No puedo odiar a un hombre que ha sido tan bueno conmigo.

—¿Sonya lo sabe?

—Lo sospecha, creo —contestó Hugh, pasándose una mano por la cara—. Cuando John murió, Richard pensó que mi madre se casaría con él.

—¿Después de tantos años?

—Pero ella le dijo que no, que le recordaría aquellos años de dolor —se encogió él de hombros—. No sé, quizá fue la decisión más acertada.

—¿Sigue enamorado de tu madre?

—No lo sé, no se lo he preguntado. Probablemente.

—¿Richard sabe… lo de Sonya?

—No se lo he contado yo —contestó Hugh—. Pero lo sabe. Ha pedido el divorcio.

—¿En serio?

—Sí, aunque no me ha contado mucho.

—Claro, supongo que teníais cosas más interesantes de qué hablar.

Los dos se quedaron en silencio después y Amy intentó concentrarse en el sonido de la brisa moviendo las hojas de los árboles.

—Y Calantha ha vuelto —dijo por fin.

—Sí. ¿Por eso te fuiste?

—No, yo…

—Callie llegó a mi casa convencida de que no habíamos roto de verdad, de que esos días que estuvimos separados me habrían hecho pensar en ella.

—¿Y no es así? —preguntó Amy.

—Nunca estuve enamorado de Callie y ella tampoco de mí —contestó Hugh—. No sabía que, durante esos días, yo había sufrido una transformación. Entró en mi casa y lo único que yo podía pensar era: no es…

No terminó la frase y Amy no entendió lo que quería decir. ¿Qué no era lo que quería, quizá?

—Lo siento.

—¿Sí?

—Sí, claro que sí.

—¿Me quieres, Amy? —murmuró Hugh entonces.

—¿Qué? —la hoja que Amy tenía en la mano se partió.

—¿Me quieres?

—Pero… ¿qué quieres decir?

—Richard me dijo que, en su opinión, estabas enamorada de mí, que lo había visto en tus ojos.

—¿Te dijo… eso?

—Y también me dijo que yo era un idiota por dejarte ir. Y que si seguía escapando de las relaciones, acabaría solo como él —siguió Hugh, tragando saliva—. ¿Me quieres, Amy?

—Esto no es justo…

—Ya sé que no lo es, pero tengo que saberlo —dijo él entonces, acariciando su pelo.

Lo amaba tanto… Pero nada había cambiado. El miedo a ser abandonada por Hugh era insoportable.

—Sé que necesitas que te quieran, que te quieran mucho —siguió él—. Que te da miedo casarte con alguien como tu padre. Y cuando llegué a la oficina y vi que no estabas, pensé que era lo mejor. Yo no podía ser lo que tú necesitabas.

Amy tenía los ojos llenos de lágrimas. No entendía nada. ¿Por qué le estaba haciendo eso? ¿Por qué no podían seguir siendo amigos, como antes?

—¿Amy?

—No puedo… no sé…

Hugh la apretó contra su corazón.

—Te quiero. No sé cómo ha pasado. Un día eras la hermana pequeña de Seb y, al día siguiente… eras otra cosa.

—Era la ropa…

—No, eras tú. No sé cómo conseguiste meterte en mi corazón, pero lo hiciste. Yo nunca había querido amar a nadie, no quería perder el control. Y no quiero pensar que, si no me quieres, no voy a poder olvidarte nunca.

Amy sacudió la cabeza.

—No sé qué estás diciendo…

—Que no quiero perderte nunca, Amy.

—Es que me da miedo…

—¿Y crees que a mí no?

Siempre se le habían dado bien las mujeres, siempre sabía lo que debía decirles, pero en aquel momento, cuando importaba de verdad, se quedaba sin palabras. No había forma de explicar el

cataclismo que Amy Mitchell había creado en su vida.

—¿Quieres casarte conmigo?

—No puedo, Hugh.

—¿Por qué? ¿Porque no crees que vaya a estar contigo para siempre? No te pediría que te casaras conmigo si no estuviera seguro del todo. Lo he pensado muy bien, Amy. Te he echado de menos como un loco estos días. Pero tengo que aprender a confiar en mí mismo. Lo que te pasó a ti, lo que pasó con mis padres… nosotros no tenemos la culpa. Podemos elegir amarnos para siempre o decirnos adiós.

Amy lo miraba a los ojos, incrédula. Deseaba tanto que fuera verdad…

—Te quiero, te querré siempre. Cásate conmigo, Amy. Ten hijos conmigo, formemos una familia. Ésa es mi decisión, pero tengo que saber cuál es la tuya.

Por fin, lo creyó. Tenía que estar diciendo la verdad.

—Sí —dijo en voz baja—. Te quiero, Hugh.

Se besaron, trémulos, emocionados. Amy acariciaba su espalda como lo había hecho en sueños.

—Siempre te he querido.

Hugh le pasó un brazo por los hombros.

—Tengo una cosa para ti en el coche —dijo, aclarándose la garganta.

—¿Qué es?

La llevó de la mano hasta el coche y sacó una caja de la guantera.

—Ábrela.

Amy abrió la caja y de ella sacó una agenda de tapas negras que conocía bien.

—¿Qué?

—Es la última pieza del rompecabezas. Ahí está mi vida… y no me gusta nada. Quiero que la rompas.

—¿Quieres que rompa tu pasado? —rió Amy.

—Podríamos tirarla al Támesis.

—No, eso estaría muy mal. Lo ensuciaríamos.

—Ya lo sé. ¿Lo hacemos de todas formas?

Amy rió, apretando la agenda contra su corazón.

—¿Y Seb? No puede haber desaparecido.

—No te preocupes, tu hermano sabe lo que pasa —contestó Hugh, señalando hacia arriba.

—¿Ah, sí?

Seb los miraba desde la ventana de la habitación de su madre, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Se lo has contado?

—Claro, estaba desesperado —rió Hugh—. Venga, entra —dijo, abriéndose la puerta del coche—. Después de tirar la agenda al río, nos vamos a casa.

«A casa». Sonaba precioso.

—Por si aún tienes dudas —dijo él, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad—, pienso hacerte el amor hasta que no puedas pensar. Eres mía.

Amy apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Me parece muy bien.

—Vamos a casa, amor mío —murmuró Hugh, besándola en los labios.

Fin